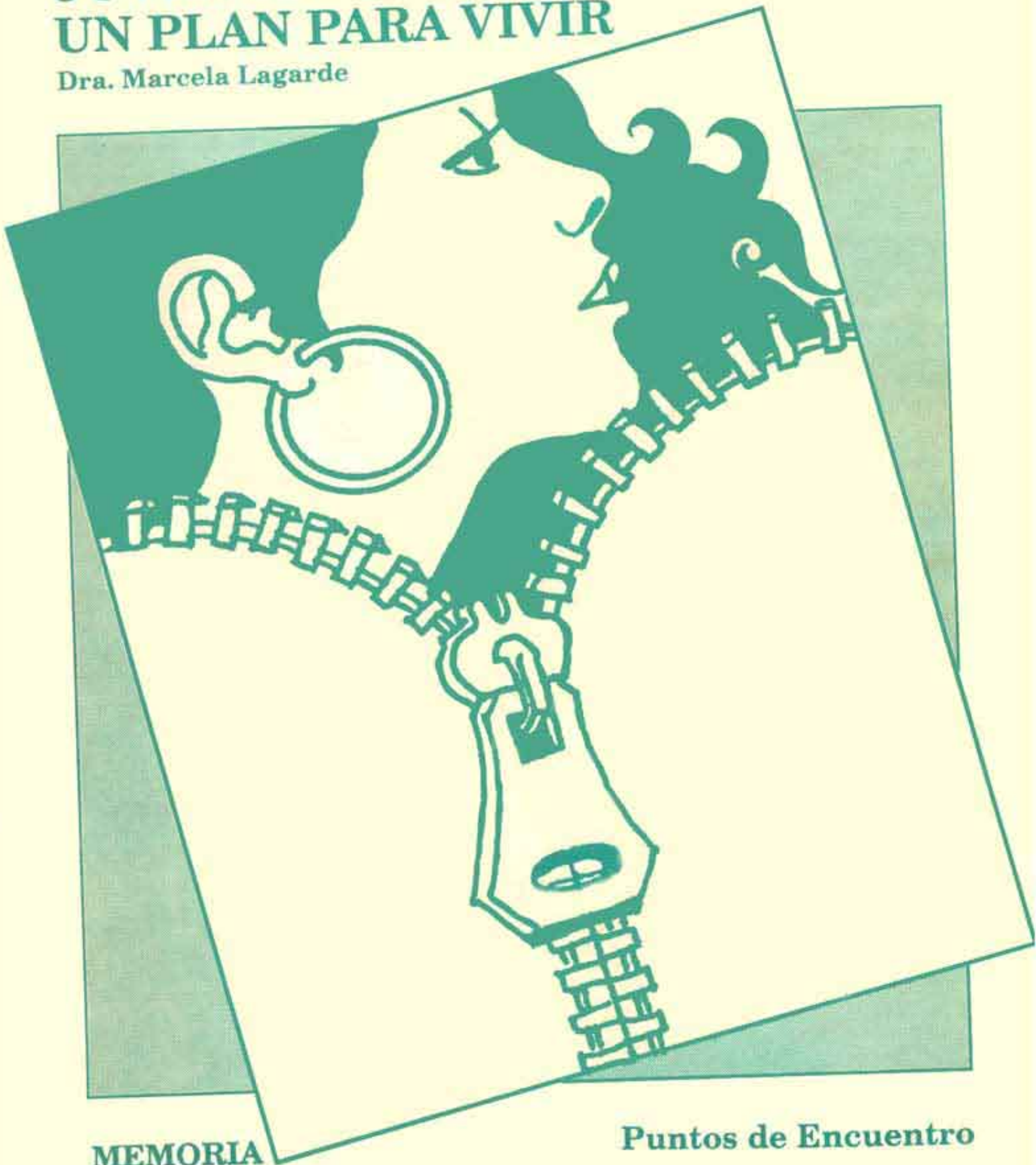


JUVENTUD Y FEMINIDAD: UN PLAN PARA VIVIR

Dra. Marcela Lagarde

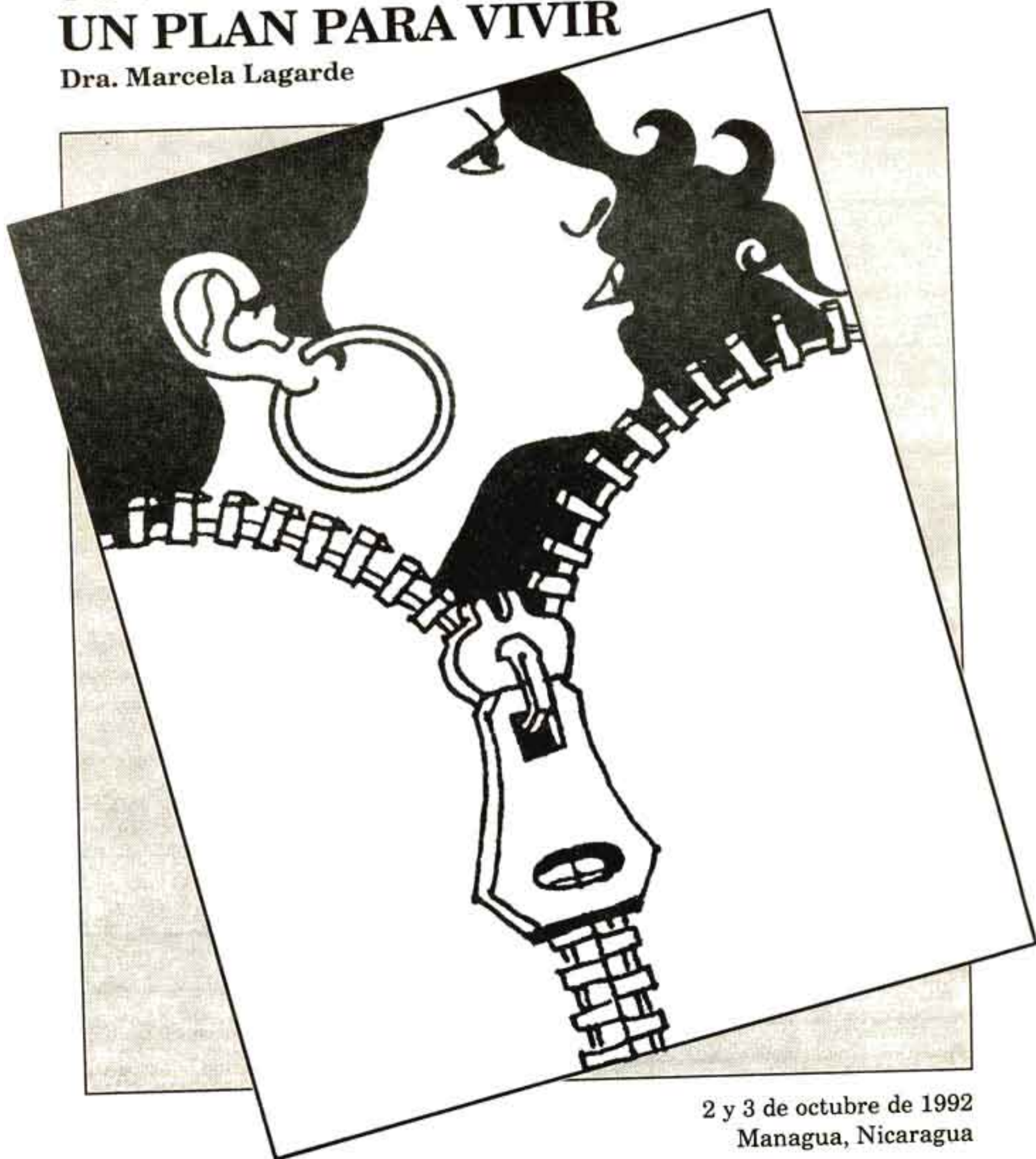


MEMORIA

Puntos de Encuentro

JUVENTUD Y FEMINIDAD: UN PLAN PARA VIVIR

Dra. Marcela Lagarde



2 y 3 de octubre de 1992
Managua, Nicaragua

© Fundación Puntos de Encuentro

Levantado de texto: Elida Téllez

Edición: Vilma Castillo y Teresita Hernández

Diseño y diagramación: Colette Fine

PRESENTACION

Uno de los intereses de Puntos de Encuentro es el de conocer a profundidad y difundir entre las mujeres, el proceso de construcción de la identidad de género. A través del conocimiento es posible cambiar aquellos aspectos de la identidad de género que nos dañan o que nos llevan a establecer relaciones frustrantes con los hombres, con las otras mujeres y también con nosotras mismas

Marcela Lagarde, feminista y estudiosa de la construcción de la identidad de los sujetos sociales, ha dedicado gran parte de su tiempo a analizar lo que significa este proceso para las mujeres jóvenes. ¿Cómo se construye y expresa su identidad de género en esta etapa de la vida? ¿Hacia dónde orientan las mujeres jóvenes sus energías vitales? ¿Qué recursos ofrece la cultura patriarcal a las jóvenes para transitar con éxito a la edad adulta?

En este curso que Puntos de Encuentro ofreció a un grupo de 50 mujeres jóvenes, Marcela no sólo aborda los temas arriba mencionados, ya de por sí interesantes; también se introduce en otros temas vitales en esta etapa de la vida: el amor, la sexualidad, la maternidad, las relaciones de pareja, las relaciones con la madre. Es más, con solidaridad de mujer madura propone a las mujeres jóvenes un plan para vivir; un plan para agenciarse de recursos vitales, aprovechando las fisuras que el feminismo ha logrado hacer en la cultura patriarcal.

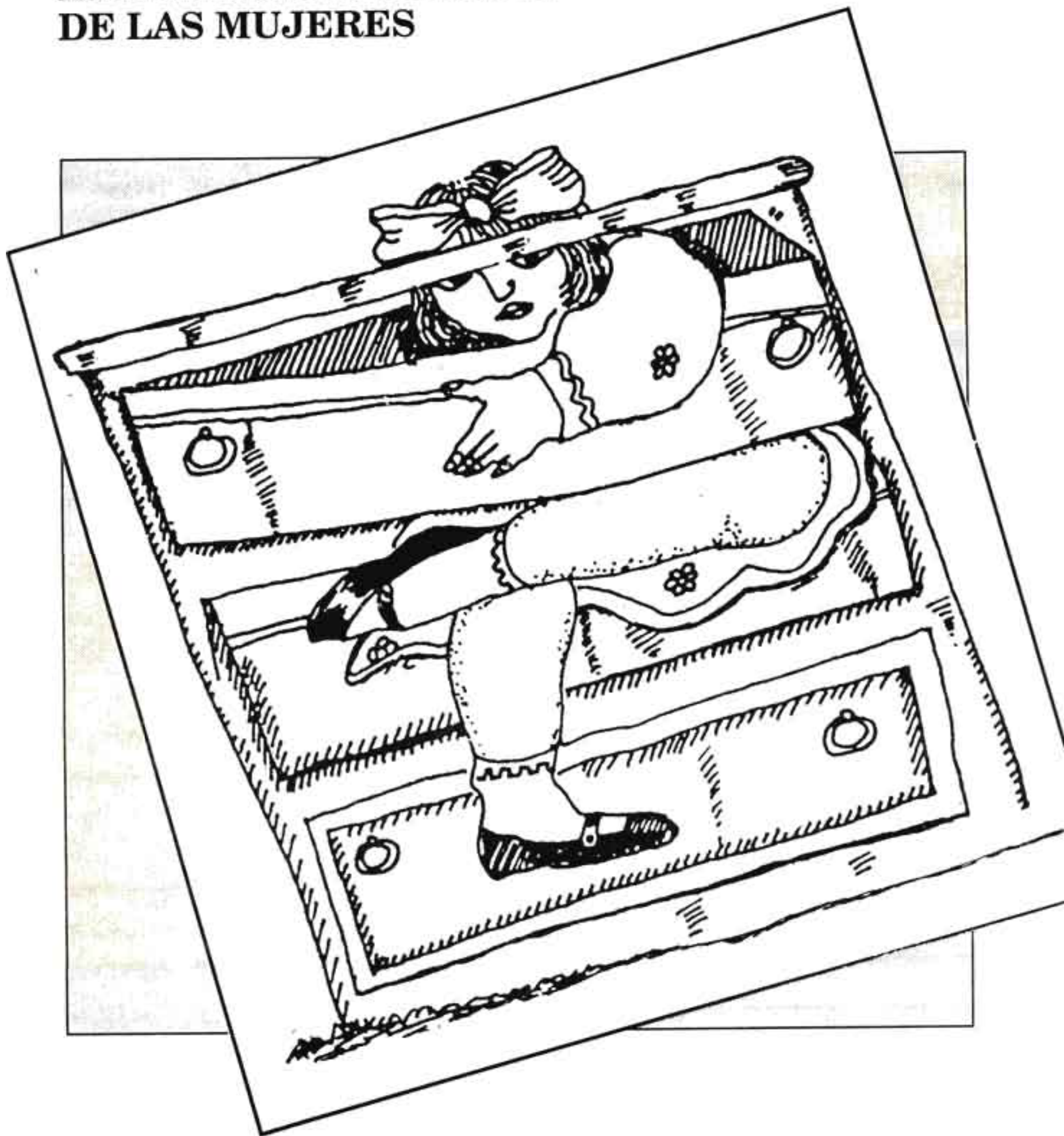
Estos y otros temas son los que Marcela aborda con sencillez, mostrándonos, a mujeres jóvenes y adultas, “como en un espejo”, las experiencias individuales y colectivas de quienes somos hijas

y de quienes somos madres, reflejando lo que el patriarcado ha hecho de nosotras, pero también lo que las mujeres, desde el feminismo, han aportado para construir la libertad.

Esta memoria que recoge fielmente el trabajo de dos días, es un aporte de Puntos de Encuentro para que mujeres jóvenes y aquellas no tan jóvenes, nos encontremos en el camino de esa construcción libertaria que todas deseamos.

Colectivo de Puntos de Encuentro

LA CONDICIÓN JUVENIL DE LAS MUJERES



Al identificar nuestras características sexuales, la sociedad determina qué tipo de vida vamos a vivir. De tal manera que si la criatura sexuada es varón, por el sólo hecho de tener ese cuerpo, va a tener un tipo de vida distinto de la criatura que tiene un cuerpo sexuada femenino. Ese es el ámbito más definitorio de nuestras vidas, nuestra condición de género.

Todas las mujeres compartimos una serie de hechos y características comunes que a veces de forma distinta vivimos a lo largo de la vida. Ese conjunto de hechos y actividades a las que nos dedicamos fundamentalmente las mujeres es el centro, el contenido de la vida y de la condición de las mujeres.

Las mujeres también entablamos relaciones muy particulares con otras mujeres y con otros hombres a lo largo de nuestra vida. Aunque seamos mujeres de distintas clases sociales, de distintos grupos, podemos encontrar una gran cantidad de semejanzas en las relaciones que tenemos con las otras mujeres y con los hombres. También tenemos papeles asignados por la sociedad que son comunes. A veces tenemos en común, un sitio de mayor o de menor importancia en los espacios de vida que tenemos, en los lugares en los que trabajamos, en los sitios en los que estudiamos. Vamos por el mundo teniendo cosas muy similares. A este conjunto de cosas similares le llamamos la condición de la mujer.

Todas nosotras compartimos esta condición de género que ha sido estructurada en las sociedades en las que vivimos de una manera muy mecánica pero muy eficiente. Y es que al nacer, con el sólo mirar nuestro cuerpo, con sólo mirar el cuerpo de la criatura que nace, se le asignan esta serie de cosas comunes que he llamado la condición de la mujer. Hay entonces una relación entre el cuerpo que tenemos y la vida que se nos asigna, pero como se hace cuando nacemos, no somos conscientes de que ese conjunto de características de la condición de la mujer nos ha sido impuesto.

Nosotras creemos que porque tenemos ese cuerpo ya tenemos todo pero no es así. A lo largo de la vida tenemos que aprender a ser mujeres. No nacemos sabiendo ser mujeres. Esto se aprende. Nos lo enseñan. Nos enseñan las actividades femeninas, nos enseñan a relacionarnos como mujeres. Nos enseñan a pensar como mujeres, a sentir como mujeres. También nos enseñan todo lo que está prohibido a las mujeres. Lo que no podemos hacer las mujeres, las actividades a las que no tenemos acceso, las relaciones que de ninguna manera podemos establecer. Nos enseñan los límites del deseo y el contenido de lo que deseamos.

Del éxito o del fracaso de todas estas enseñanzas depende, en parte, cómo somos mujeres. Unas aprendemos más y otras no aprendemos muy bien. Pero no sólo depende de eso, depende también de cómo lo llevamos a la práctica, pues además de haber aprendido o de ir aprendiendo a lo largo de la vida a ser mujeres, vamos siendo mujeres. Cómo actuamos como mujeres; cómo sentimos; cómo pensamos; qué hacemos. Y esto ya no depende exclusivamente de cómo aprendimos, depende también de cómo es el mundo en el que vivimos. Depende de las posibilidades que tengamos cada una de nosotras para realizar esa condición de la mujer.

Esas condiciones de vida varían mucho entre nosotras. La primera gran variación es la variación de edad. Las mujeres niñas tienen una serie de condiciones para ser mujeres pero no tienen otras. Las mujeres jóvenes tienen también ciertas condiciones para ser mujeres y no otras; las adultas, las viejas. Cada grupo de edad de las mujeres tiene condiciones para que sean de ciertas formas y para prohibirles que sean de otras. La riqueza o la miseria condicionan las formas de ser mujer. La riqueza o la miseria como grandes categorías, como grandes condiciones sociales. Miseria de vida muchas veces basada en la miseria económica pero no siempre, porque hay miseria de vida en la opulencia económica y también puede existir riqueza de vida en la miseria económica; por eso primero consideré como grandes ámbitos vitales: la miseria o la riqueza vitales.

Pero también es cierto que las condiciones económicas y sociales, los países en los que vivimos, el mundo en el que vivimos define cómo somos mujeres a lo largo de estos periodos de la vida. Las clases sociales a las que pertenecemos en sociedades como las nuestras tan determinadas por la división de clases en el mundo, también definen nuestra vida.

Este hecho es muy importante. Las mujeres somos mujeres pero lo somos de manera distinta si somos campesinas o si somos obreras, o si somos asalariadas, o si pertenecemos a clases que no solamente se apropian de la riqueza social sino que la consumen o si pertenecemos a clases que dirigen a las sociedades.

Todas estas características sociales hacen que el ser mujer tenga tal cantidad de diferencias que a veces creemos que no tenemos nada que ver con las mujeres que están frente a nosotras porque pertenecen a otra clase social o porque provienen de otra región del propio país, o porque hablan otra lengua, o porque escriben de una manera diferente a la escritura que escribimos cada una. Todas estas diferencias que existen, que son objetivas, son las que dan el contenido específico a nuestra condición de mujeres y que, además, también atraviesan esto que he llamado la condición juvenil de las mujeres.

No solamente se puede hablar de mujeres jóvenes sino que es preciso identificar si son jóvenes proletarias, si son jóvenes desempleadas, si son jóvenes madres, si son jóvenes en la plenitud de sus capacidades corporales. Si son jóvenes que disponen de recursos económicos para vivir; si son jóvenes que tienen un sitio donde vivir o no lo tienen. Si son jóvenes que viven en su país o emigraron de su país; si son jóvenes que viven en la legalidad o viven en la ilegalidad. Si además han estado sometidas a formas particulares de violencia. Todas estas características nos hacen a las mujeres, adultas y jóvenes, diferentes y semejantes entre nosotras.

Ustedes son centroamericanas pero también hay aquí algunas que vienen de otras tierras -algunas de Latinoamérica pero también de otros países del mundo- que tienen lenguas maternas y costumbres de origen distinto; que tienen otra definición de identidad nacional.

La condición étnica es también otra de las condiciones fundamentales que determinan las diferencias y/o las semejanzas entre las mujeres. Y -yo no sé en Nicaragua- pero en los países racistas la condición racial también determina muchas veces e incluso sobredetermina el modo de vida de las mujeres, las expectativas de vida y sus posibilidades de acceso o no a gran cantidad de cosas del mundo.

Todo ese conjunto de hechos define de manera muy importante las formas concretas de ser mujeres jóvenes. Estos son -analíticamente

hablando- los ejes sobre los que se pueden plantear algunos hechos semejantes que afectan a las mujeres jóvenes. Algunas tienen forma distinta según la clase a la que pertenecen, o la región de la que provienen o la religión que profesan o la ideología que tienen. Pero, en términos generales, hay un conjunto de semejanzas que hacen que podamos hablar de esa categoría que son las jóvenes.

Esos son los hechos fundamentales de la condición de mujer, pero además sirven para poder analizar de qué se trata ser mujer joven. Permiten pasar al nivel de la identidad de las mujeres jóvenes, que es otra dimensión de la existencia de las mujeres.

La identidad de la mujeres jóvenes

¿Quién soy? Esa pregunta no siempre se responde con claridad. En la presentación que hicimos hubo una respuesta. La pregunta fue ¿quién es cada quién? Y la respuesta fue el nombre y la referencia política y de trabajo. Pero si cada quien se pregunta, ¿quién soy?, a lo mejor se mete en un abismo que no entiende ni sabe contestar.

En la edad joven esa pregunta se hace de otras maneras. Se hace sobre todo en torno a hechos puntuales que ocurren en el momento actual de la vida. Por ejemplo, ¿qué voy a hacer esta tarde? Así de puntual es la pregunta sobre la identidad. También se puede hacer la pregunta de otra forma, en referencia a otras personas, ¿con quién me gusta estar? ¿quiénes son mis referentes?.

Pero las preguntas sobre ¿quién soy? en esta edad se remiten al pasado. Y ya no se pregunta sobre quién soy en este momento sino que se afirma lo que he sido como niña, como púber. Entonces todo el tiempo se evoca el pasado: se dice lo que se hacía antes; se habla de cuando sucedió tal cosa, de lo que pasó en una fiesta; de cuando aconteció algo importante en la vida familiar o en la vida comunitaria. La referencia de identidad está muy cercanamente vivida en un pasado que a veces ya es remoto .

También hay otra pregunta en la identidad: ¿Qué voy a ser? Es también la pregunta más complicada de los primeros años de la juventud. Puede causar vértigo. No es una pregunta construida autónomamente. Responde a la pregunta que los adultos le hacen a las jóvenes desde que son criaturitas. ¿Qué vas a ser?

Si yo pudiera identificar la angustia filosófica, la identificaría con esa pregunta. Es la carga social, la expectativa social de los adultos -sobre todo de los familiares, los padres, las amistades, y luego poco a poco de los mismos jóvenes entre sí- que nos obliga, aunque no queramos, a pensar que nosotros tenemos que ser activas en la vida. Que no estamos aquí sólo para ir viviendo sino que hay un punto en el que se rompe esa forma de vida y tenemos que hacer algo para ser. Esa es la gran pregunta de los primeros años de la juventud.

En otras épocas no había indagación del futuro como un futuro a construir sino que aparecía como algo a cumplir. Las mujeres tenían un destino obligatorio. Nadie le preguntaba a las niñas o a las púberes a qué se iban a dedicar. Todo mundo sabía que iban a ser mamás, a conseguirse un esposo, a tener una casa y “a ser muy felices”.

El futuro aparecía como algo dado. Algo ya definido donde no había capacidad de incidir o cuyo rumbo podía ser cambiado. Pero en la actualidad -aunque la sociedad no dé las condiciones para construir el futuro de otra manera- se pregunta a las niñas y a las jóvenes ¿qué vas a ser? Hoy en día el ser está definido por una actividad. Es un cambio enorme en la historia de las mujeres y sucede en la juventud.

En el pasado el destino era la maternidad y la conyugalidad; el destino era la felicidad y los deberes. En la actualidad -dije yo tramposamente- la cosa ha cambiado. Hoy se pregunta ¿qué vas a ser? pero en relación a una actividad en la vida. No a la maternidad y a la conyugalidad sino a un oficio, a una ocupación, a una profesión; a un hacer en el mundo, diferente de la maternidad y de la conyugalidad. Pero dije que hice una trampa porque en realidad no es que haya cambiado tantísimo la cosa, sino que se da por entendido que además de cumplir con el destino de ser felices, hay que agregar a esto la definición del ser como una definición del hacer.

Por lo menos, con esto constatamos que ocurre algo importante: Que la condición de la mujer se ha ampliado. Ya no se trata solamente de ser esto y de ser aquello sino además de hacer. Y por eso la pregunta a las jóvenes de ¿qué vas a ser? se convierte en ¿qué vas a hacer? ¿Qué vas a estudiar?, ¿a qué te vas a dedicar? Y las jóvenes se debaten entre diversos tiempos: el pasado, el presente intenso y el futuro. El pasado que traen a cuentas; el futuro que es una interrogación llena de deberes y de incógnitas; y el presente, que se limita a ¿con quién quiero

estar?, ¿qué voy a hacer esta tarde, esta semana? porque lo otro ya está dado. Vamos a ver ahora qué es todo lo que ya está dado.

La pregunta ¿qué vas a ser? nos remite a otra característica de las jóvenes y de la juventud. La juventud es un tránsito. Es un devenir. Sucede. Pero diríamos que todas las edades son un tránsito, un devenir. La niñez es un tránsito, la juventud es un tránsito, la madurez lo es, etc. Sin embargo, la juventud es vivida como un tránsito con mayor intensidad porque está precedida por la niñez y está sucedida por la edad madura. Es algo que se tiene para perderse. Es finita. Esta etapa está tan cargada de idealización -se habla de la plenitud de la vida- que hace que se le confiera un valor enorme a la juventud.

Ocurren muchas cosas en la juventud pero fundamentalmente ocurre una confusión entre lo que el mundo espera de mí y las cosas que yo quiero y aún no alcanzo a definir, o la confusión entre las cosas que yo defino pero que no me dejan hacer. Es la confusión entre las cosas asignadas y las cosas no asignadas. Es la lucha entre la capacidad de hacer las cosas y los propios límites para hacerlo. Qué es lo que sí puedo y lo que no puedo hacer. Me debato entre lo que quiero hacer y los límites puestos por la escuela, los maestros, los amigos, el mundo. Pero ¿qué pasa si se va más allá de los límites? Hay quien ni siquiera se pregunta por esos límites porque cumple, porque no piensa qué sucede si se pasa de esos límites. Los límites están muy presentes en esta etapa.

Etapas de la juventud

La juventud tiene varios periodos. Uno está demasiado cerca de la niñez y otro más cerca de los adultos. No es sólo cuestión de edades sino de tipos de vida que se tienen, las cosas que se hacen, los papeles que se tienen en el mundo.

En nuestras sociedades la primera etapa de la juventud es una etapa formativa. Tiene mucho en común con la infancia. La primera cosa que tienen en común es que se considera a los jóvenes como carenciados. A los niños les falta mucho para ser considerados personas y a los jóvenes también en esta primera etapa de la juventud.

Es un periodo marcado por la carencia y la carencia lleva a la dependencia. Se depende de otros para sobrevivir. Otros son los que

tienen los poderes, los recursos, etc. Sin embargo, la sociedad también considera a los jóvenes "aptos" para aprender y por eso -no porque sea natural- es que se considera que los jóvenes están en formación.

La juventud es una etapa de aprendizaje. Es fuente de aprendizaje sobre lo que dice el mundo y la experiencia que cada quien vive. Se aprende a partir de la experiencia pero también a partir de lo que el mundo interpreta. Muchas veces estos conocimientos, estas formas de aprendizaje, no van a la par.

Esta etapa esta caracterizada por la capacidad de aprender. A los niños y a las niñas se les enseña cápsulas del saber y a los jóvenes se les enseña conocimientos más complicados con grados de mayor dificultad. Existe una valoración implícita de que los jóvenes tienen la capacidad para aprender cosas complejas. Esta es una característica muy importante.

Los jóvenes se mueven en sus familias de origen. Las escuelas son elegidas por los padres. Muchos enseñan a sus hijos su misma profesión. Hay una repetición generacional de oficios, de habilidades, de funciones decididas desde antes. Los jóvenes reciben en vida la herencia de sus padres.

Reciben un mandato: "Parécete a mí lo más que puedas". De esta manera se conserva la sociedad, los valores, los bienes, las prácticas sociales. El paquete es enorme. Tienen que ser repetidores de la generación anterior. Sin embargo, en otros no ocurre de la misma forma. El mandato es: "No seas lo que yo he sido" y se vuelve más duro: "Supérame". La generación anterior les exige que sean mejores desde su propia experiencia y conocimientos.

El ¿qué voy hacer? es un hecho que está definido por lo que dicen los otros: los demás miembros de la familia, los amigos. Hay jóvenes que estudian una carrera específica porque su amiga estudia esa carrera; hay jóvenes que se inscribieron en esa carrera porque también la escogieron los otros. Una gran cantidad de hechos definatorios de la vida se deciden por lo que otras personas significan en ese momento en la vida de los jóvenes. En esta etapa se trata de adquirir recursos, conocimientos, habilidades. Se trata de incorporar en cada quien capacidades para vivir.

La segunda etapa de la juventud es cuando la sociedad les exige a los jóvenes que ya empiecen a producir, pero algunos jóvenes ya lo saben hacer porque desde niños producen. Su juventud es también trabajar, no sólo estudiar. A través del trabajo se desarrolla la capacidad de sobrevivencia, se generan bienes, se construye el propio mundo. Aquí ya no se les considera como seres carenciados sino como seres que pueden hacer -sobre todo en situaciones donde no hay abundancia. En este momento o bien se trata de estudiar y no de trabajar o se trata de trabajar en la juventud.

Este es otro gran eje: a través del trabajo, ser capaz de sobrevivir, ser capaz de generar bienes. Tienen que salir del mundo de origen y construir un mundo propio. Este es otro deber de los jóvenes. Es el deber de desarrollar un oficio, una profesión, una actividad considerada productiva, lo que está en relación con la autogestión para que, cuando menos, se mantengan a sí mismos.

Otro deber de la juventud es que tengan un perfil propio como seres, que funden una nueva familia, pero para eso primero tienen que fundar pareja. Tienen el deber de crear a la siguiente generación, la maternidad, la paternidad. El criar hijitos e hijitas, son hechos importantísimos de la juventud.

Otro deber es ocupar un lugar en la vida civil. En parte en la vida privada y en parte en la vida pública se forma un nuevo sujeto social. En la vida civil se exige que el sujeto actúe: que vote, que haga el servicio militar, que ingrese a una dimensión de la reproducción social que antes no estaba a su cargo: reproducir el modo de vida de la sociedad. Ingreso personal a la actividad política propia. Cada uno de estos aspectos conduce a una enorme cantidad de fenómenos que deciden la vida que tienen que tener los jóvenes.

Otro deber de los jóvenes es que tienen que tener creencias fundadas. Ya no responden a la pregunta ¿en qué creés? sino ¿por qué? Todo esto con el objetivo de generar a los jóvenes como seres responsables de sí mismos, de parte del mundo y de otras personas. Es un sistema que hace que la generación joven se haga cargo de la generación pasada.

La juventud se inicia en la salida de la pubertad. Para fines oficiales, laborales, económicos se continúa hasta los treinticinco años. Sin embargo, se dice que Pablo Casals era joven, que Neruda era joven. La juventud es y deja de ser. Lo que no deja de ser es el sujeto.

En la juventud hay grandes contrastes pero también grandes posibilidades de vida. Sin embargo, estas condiciones de vida no son las mismas para las mujeres que para los hombres.

El mundo de las mujeres jóvenes

Vamos a ver ahora cuál es la relación entre esta juventud y las mujeres. Las mujeres contemporáneas somos una síntesis de formas arcaicas y de formas inéditas de ser mujer; somos mezcla de cosas viejas y nuevas a lo largo de nuestras vidas. Enfrentamos muchísimas cuestiones arcaicas que tienen que ver con los deberes impuestos a las mujeres, que tienen que ver con ese destino prefijado para nosotras porque la mayor parte de nosotras todavía estamos obligadas a cumplir con esos compromisos.

Sin embargo, muchas de nosotras -casi todas las mujeres contemporáneas- también tenemos acceso a recursos que modifican esa estrategia y nos movemos conflictivamente porque tenemos una gran cantidad de límites pero también tenemos muchos recursos para romperlos.

Tenemos un mundo muy ligado al mundo privado, al mundo de la casa, de la familia, al mundo de lo doméstico; a eso que en las revistas se llama "el hogar". Pero también vivimos y activamos en el mundo público. En la escuela, en los espacios políticos, en el trabajo, en las iglesias. Este estar en dos sitios a la vez: el mundo público y el privado, nos hace vivir muchísimas contradicciones y muchísimos conflictos pero también nos hace tener ventajas enormes.

Las jóvenes contemporáneas viven centralmente esta contradicción. Son mujeres privadas y son mujeres públicas y lo son como formas de ser que están basadas en principios distintos. Ser especialistas en el mundo privado es ser especialistas en la reproducción, es decir, en todos estos hechos que constituyen la domesticidad en las mujeres. Eso exige la capacidad para vivir en el aislamiento, la capacidad de las mujeres

para vivir en la fragmentación; la capacidad de las mujeres para vivir en el mundo infantil; la capacidad de las mujeres para vivir en el mundo del recogimiento. Exige de las mujeres obediencia sin límites. Exige de las mujeres la limitación de su creatividad porque en ese mundo se está para hacer ciertas cosas de ciertas maneras y no se vale transgredir la norma.

Se educa a las criaturas de cierta forma; se les cuida también de cierta manera. Se preparan las recetas así y no de otra forma; se barre la calle de esta manera y con este tipo de escoba; se compra en esta tienda y no en otra; se usa esta marca y no otra. Cambiar una marca de jabón, a veces puede ser una revolución interior. A ese grado llega el mundo de la reiteración, de la repetición, de la obediencia a normas que vienen de todos lados y de ninguno. Es el mundo de la obediencia a las personas, sobre todo a las personas.

Ese es el mundo privado. Es el mundo de la espera. Es el mundo de la esperanza. Porque nada ocurre porque ocurrió ya en el pasado, o porque ya pronto va a pasar. O sea, es un mundo que exige la presencia de las mujeres en el presente para resolverlo todo, pero que exige que el deseo de las mujeres esté puesto siempre en otro lado, en otro tiempo, en el futuro, en la tarde cuando va a pasar algo, cuando va a estar la telenovela del Canal Dos, de la noche cuando va a llegar alguien o dentro de dos años cuando el fulanito se aparezca por aquí.

Es el mundo en el que todo ya pasó o un mundo donde lo que va a pasar, pasa por la intervención de otras personas. Pasa porque alguien nace, porque alguien se casa, porque alguien sana, porque alguien se muere. Ese es el mundo privado. Requiere reiteración, repetición y límites. Límites para obedecer pero requiere también de algo muy importante: Requiere que las mujeres seamos ilimitadas.

Que respetemos los límites que se nos imponen pero que no tengamos límites personales.

Se requiere que seamos ilimitadas, que estemos siempre a disposición de alguien, o de las actividades domésticas o de la afectividad de otras personas, o de la sexualidad de otras personas, o de las necesidades de otras personas. Es en ese sentido que a las mujeres -en el mundo privado- se nos construye como seres ilimitadas, siempre dispuestas a... Siempre dispuestas a trabajar para los otros; dispuestas a dar a los otros: cuidados, afectos, atención, incluso los bienes propios. Y este ser de la condición tradicional dominante en la mujer

propios. Y este ser de la condición tradicional dominante en la mujer encierra en sí mismo una contradicción muy grande: Cada mujer al realizar la condición de la mujer, al ser mujer, tiene que negar la posibilidad de ser en sí misma. Tiene que ser en los otros.

Pero al mismo tiempo que suceden estas cosas, las mujeres somos mujeres públicas. Son mujeres públicas las millones de niñas que van a la escuela; las millones de trabajadoras que trabajan fuera de su casa; o que son trabajadoras públicas domésticas dentro de la casa. Son mujeres públicas todas aquellas que realizan alguna actividad central para sus vidas en lo público, o sea, en las instituciones públicas, en los espacios públicos.

Y para ser en lo público se requieren otras habilidades del ser. Ahí no se requiere de la habilidad de la reiteración sino de la creación. Se requiere también obedecer porque si no se obedece, pues se puede acabar fuera del mundo público. Las trabajadoras que no son muy obedientes y hacen huelga, a lo mejor son despedidas. Las estudiantas que no sacan buenas calificaciones, o sea, que no cumplen, que no obedecen, pueden salir de la escuela. Aquí también hay que cumplir con el ser obedientes porque vivimos en sociedades de la obediencia. Pero existe la posibilidad de que dentro de los marcos de la obediencia y de los límites se puedan desarrollar cosas que no existían y se puede ser creativa.

En el mundo público hay valores que no existen en el mundo privado, por ejemplo, el dinero. Ese es un bien que se obtiene en el mundo público y las mujeres, en parte estamos en lo público, para generar dinero. No todas, pero ese es uno de los objetivos más importantes de las actividades públicas, generar dinero. También ahí pueden generarse poderes que son muy importantes para vivir: poderes civiles y poderes sociales de diverso tipo.

Hay muchas más características que permiten desarrollarse a las mujeres en el mundo público, pero en este momento solamente traté de que comprendamos que todas nosotras somos un síntesis entremujeres públicas y mujeres privadas.

En algunos hechos de la vida podemos ser más modernas, en otros hechos de la vida debemos ser muy arcaicas.

Nosotras somos la concentración de épocas históricas pero las mujeres jóvenes tienen una posibilidad muy interesante, que me parece debe ser investigada. Además de estas contradicciones y estos conflictos, que no necesariamente son negativos -porque los conflictos pueden ser extraordinariamente positivos para vivir- las mujeres jóvenes tienen en esta época condiciones históricas que les permiten tener poderes sobre sus propias vidas. Tal vez esto sea el rasgo político más importante en las mujeres jóvenes: tener poderes para orientar sus propias vidas. O sea, que la relación entre opresión y libertad se da en las mujeres jóvenes contemporáneas.

De cómo viven las jóvenes la juventud depende que se conviertan o no en sujeto. De cómo resuelvan o enfrentan esa contradicción entre opresión y libertad en la juventud, depende que las mujeres se conviertan en sujeto.

Esto es muy importante porque por condición de género dominante, por condición de la mujer, las mujeres no podemos ser sujeto. De eso se trata: de que no seamos sujeto, de que no protagonicemos nuestras vidas. Pero la síntesis entre la condición de la mujer y la condición juvenil contemporánea permite la posibilidad -según se viva la juventud- de construirse como protagonistas de sus vidas.

Las mujeres contemporáneas no solamente sintetizan la historia sino que anticipan como grupo de la sociedad algo que ojalá pueda extenderse a las mujeres como género.

Lo que se juega en este periodo de la vida es la posibilidad de vivir en el presente. O sea, de dejar de ser el futuro de la patria; de dejar de ser el futuro de la humanidad; de dejar de ser el futuro de la familia y de dejar de ser, sobre todo, a través de las otras personas. Entonces, los hechos filosóficos y políticos más interesantes que se dan en las mujeres jóvenes como potencial, son de tiempo. Son esta transgresión del tiempo, de no ser más el futuro de todo eso que señalamos y de dejar de ser el ser para los otros para el que hemos sido construidas.

Las jóvenes reúnen una serie de cualidades que permiten que esa contradicción fluya y se desarrolle. El presente es entonces un tiempo vivido de manera íntegra. Esta es otra característica importante que tendencialmente se vive cada vez con más libertad: cada día más

libertad, cada hecho más libertad, cada pensamiento más libertad,
cada afecto más libertad. No estoy hablando de una libertad absoluta
-la libertad es un hecho histórico- sino como la libertad vivida y posible •

LA SUBJECTIVIDAD DE LA JUVENTUD



Se ideologiza la juventud como la edad de la diversión, como la posibilidad del goce que rompe la vida cotidiana. También se idealiza la juventud como la edad del éxito, del acopio de bienes, como la edad de la felicidad. Toda ésta es una fantasía social. Es una forma de representación fantástica de la juventud porque no ocurre así para todos los jóvenes y para todas las jóvenes.

La juventud está enormemente idealizada. Hay una ideología en torno a la juventud que hace que sea concebida como la edad del amor, de la vivencia de la sexualidad en plenitud, o sea, como la edad del erotismo, del placer. La edad de la sensualidad y del goce, además de la edad de la procreación y de la maternidad.

Hay una gran cantidad de hechos que encierra algo que ideológicamente se presenta con la oferta del amor. A través de la vivencia del amor se hace creer que es posible vivir el amor en la juventud; que es posible vivir un erotismo desplegado, conformado solamente con sensualidad, goce y placer. Disfrute en todo, tanto en lo erótico como en lo creativo y en la maternidad.

En el caso de los varones, la juventud es mostrada como la edad cumbre que sintetiza como oferta para los varones la vivencia simultánea del amor erótico con la edad del hacer en el mundo, del ser exitoso en el mundo.

En cambio, en las mujeres la juventud se presenta como la edad cumbre para el amor que nos vincula con los hombres, para el amor maternal y como la edad del espacio propio, la casa.

Esta visión de la juventud es y no es fantástica porque hay condiciones que efectivamente permiten realizar ciertas características del ideal juvenil; por ejemplo, en la diversión, en lo que rompe la rutina cotidiana y en las posibilidades de conseguir estos hechos de la vida como son el amor, el éxito y la plenitud.

Por toda esta ideología, por toda esta concentración de expectativas simbólicas depositadas en ella, la juventud es extraordinariamente deseada. Se desea ser joven cuando se es niña o niño y se desea ser joven cuando ya no se es joven. Por ejemplo, en las niñas, cuya identidad es sobre todo construida como mujer que no es, -eso es ser niña, mujer que no es, a la que le falta todo para ser- la juventud se vuelve el estado más deseado porque es ese estado en el que la niña será.

Entonces, si algún deseo se va desarrollando en las niñas, es el deseo de ser joven. Es uno de los estímulos para crecer. Pero además, otro estímulo para crecer es el poder tener libertad, -ligado a las cosas puntuales-, del control de la vida, de la decisión de los otros, etc. Las niñas desean crecer, en parte, para poder tener cierto tipo de libertad; para tener su propio mundo; porque está arraigada la creencia de que la juventud trae naturalmente la libertad, el éxito, el desarrollo del amor y todas estas cosas, pero eso es la fantasía.

Es válido que las mujeres crezcan, que vayan siendo aptas para muchas cosas pero siempre y cuando se porten bien. Esta es una contradicción enorme: la exigencia de la aptitud para vivir, con la exigencia de portarse bien, o sea, de obedecer normas, reglas y límites. A las mujeres se les exige, que crezcan pero además que agraden. Esto es uno de los hechos más importantes y exigidos para las mujeres; que agraden, que gusten. No se puede crecer así nomás. Se tiene que ser agradable y se tiene que gustar a alguien.

Se tiene que servir, en cualquier grado de servidumbre, pero servir. Agradar, gustar y servir se vuelven una sola cosa y entonces servimos, creyendo que agradamos. También se les exige que crezcan, pero que no tengan clara conciencia de sí mismas, o sea, que requieran de la mirada de otros para saber de sí mismas, que no se vean a sí mismas, que no se piensen a sí mismas.

Para las niñas crecer es un proceso contradictorio. Es ir adquiriendo cada vez más recursos para ser concientes del mundo, pero al mismo tiempo no tener conciencia de sí mismas. Ser para el mundo abandonando la posibilidad de ser concientes de sí. Cuando se llega a la juventud ya no se sabe bien quién se es. Se exige la independencia para ciertas cosas pero también hay que ser muy dependientes para otras. Independientes para hacer las cosas que requieren los demás; ser inteligentes pero

no tan inteligentes. Se requiere ser amorosas y hábiles; tener capacidad pero sólo para responder a las exigencias de los demás.

En esta época de tránsito hay una tendencia a ir identificando el yo. Ir identificando lo que tengo, lo que puedo, lo que soy, lo que voy dejando de ser, lo que voy a ser. El yo se vuelve una preocupación. Los sentimientos en torno al yo se magnifican pero también se magnifican los sentimientos en torno al mundo. Se ve que el mundo es más amplio que la casa. Es difícil salir de este atrapamiento de lo inmediato. Tienden a tener un universo muy estrecho e incluso las jóvenes públicas que incluyen más espacios y actividades a sus vidas tienden a tener un universo estrecho.

En las mujeres jóvenes aparece el fenómeno del descubrimiento. Descubrir cosas, personas y a sí mismas. Implica también la capacidad de aventurarse, la posibilidad de ir más allá de... En esta época se da también la osadía y ésta tiene que ver con el miedo. Aparece también el deseo de gozar para tener gratificación directa de las cosas. Todas estas cosas se dan para desarrollar la modernidad de las mujeres pero se desarrolla en un conflicto donde generalmente son aplastadas. Las jóvenes son grandes pequeñas. Tienen muchas características de adultas y muchos impedimentos infantiles.

Las obligaciones de la identidad de las mujeres.

- ***Creecer***

Creecer no es natural; para hacerlo se tienen que hacer ciertas cosas. Y la condición para las mujeres es que sigan siendo infantiles para ser dependientes de otros, pero al mismo tiempo que crezcan lo suficiente para hacerse cargo de otros. Esto escinde, rompe al sujeto que debe ser los dos al mismo tiempo.

- ***Separarse de la madre***

Subjetivamente cada joven debe separarse de otra mujer. Debe lograr separarse de su madre y reproducirla. Repetirla como nuevo ser al mismo tiempo que se le exige también identificarse con ella. Aprobar a la madre, reconocerse en la madre y pedir la aprobación de la madre. Identificarse como mujer en los rasgos fundamentales de lo que es ser

mujer en su sociedad en ese momento. Tener todos los elementos formales y esenciales de la condición de la mujer.

- ***Relacionarse con los hombres***

Se exige que las mujeres se relacionen con los hombres a través de la sexualidad. Esto no es una opción sino una exigencia. Se exige que las mujeres se separen del padre existente o ausente. Que sustituyan a la madre y al padre por un hombre y sus hijos pero de preferencia por los hijos. Se exige que realicen la conversión afectiva en cada uno. Que vuelquen la dependencia, las lealtades, las adhesiones a los padres en otro hombre y sus hijitos potenciales. Esto se logra porque ya previamente se ha idealizado a este hombre e hijos. Ya se le ha convertido en un deseo. La mujer ya desea tener a ese hombre y a esos hijitos.

- ***Ser eficientes***

También se les exige que sean eficientes, capaces, estudiosas. Las mujeres latinoamericanas ingresan al trabajo público hoy, cinco años más temprano que en la década anterior. Las exigencias van en rangos diversos: afectivos, intelectuales, laborales y para crecer, reclaman toda la disposición de las mujeres jóvenes.

- ***Crecer para realizar la fantasía***

Pero ¿cómo se logra el crecimiento de las mujeres? Se logra de manera fantástica. Se crece para realizar la fantasía: para ser como, para parecerse a, pero también se crece por el principio de ser diferente, para diferenciarse de otras mujeres. Estas fantasías están alimentadas por el mundo de las imágenes cinematográficas que transmiten modelos de ser mujer, estereotipos de mujeres jóvenes y bellas.

¿Cuál es el problema del estereotipo de la imagen de las fantasías? El problema es que se promueve el parecerse a esa fantasía y en ese proceso se quiere parecer a esa fantasía. En este proceso se incluye la creación de la propia fantasía. O sea, se toman dos fantasmas: el que cada una es y el que cada una quiere ser. Puede ocurrir que la vivencia propia de la mujer sea interiormente minimizada mientras el fantasma de cada una es maximizado con tanta fuerza que es difícil construir una imagen de lo que cada una es en la realidad.

Para muchas jóvenes es la fantasía de nuestra madres. También puede ser una amiga o la que vieron en el bus. Es la fantasía de hechos, de rasgos que valoramos en esas mujeres, pero la fantasía de las mujeres se tiene que centrar en el cuerpo para estimular el deseo de ser cuerpo objeto, de ser cuerpo estético, sensual. Es una fantasía de masas institucionalizada y reproducida en todos los niveles posibles. Se vuelve un paradigma para vivir: ser el cuerpo bello, sensual para otros. Es un deseo de ser apreciadas como cuerpo objeto sexual; y también del cuerpo materno, no sólo del cuerpo erótico.

Hay fantasías de mujeres maternas que son muy felices, de mujeres objeto sexuales que además seducen, que no son pasivas, pero no hay fantasías de sujetos, de mujeres que protagonicen íntegramente la vida y que nos hagan desear ser mujeres de otras maneras.

Las mujeres se identifican con las mismas fantasías. Las fantasías son actualizadas, representan los hechos simbólicos de la modernidad. Se imita al fantasma. La indumentaria -de Madonna, por ejemplo- se convierte en el símbolo del fantasma para lograr en los otros lo que el otro personaje logra: gustarle a los otros y que nos guste a nosotros. Nos enamoramos de ella pero para ser como ella. Se usa el rasgo de ella y entonces se **es** ella.

Es decir, a las mujeres se nos muestran imágenes de mujeres para que nos gusten, para que nos atraigan, para que nos enamoremos de ellas y efectivamente nos enamoramos de ellas pero eso está prohibido. Las mujeres no pueden enamorarse de mujeres. Entonces, en vez de enamorarse de mujeres, asumen ser como ellas. Nosotras podemos decir, a mí me gusta esa actriz pero no podemos decir, estoy loca por ella, como diría un muchacho. Entonces decimos, qué guapa es. Ya no se dice más y se compra la bota, el suéter, el cinturón, el arete, el perfume deseado.

La industria cosmética utiliza esto. Los perfumes se llaman como las dueñas de las empresas: Paloma Picasso. Y es Paloma Picasso la que va por el mundo mostrando su perfume, o sea, no está dissociado el gusto por el aroma, del gusto por la mujer; pero ya no es una mujer indistinta, no es una modelo que pudiera ser ella u otra, es Paloma Picasso; o sea, se logra el fenómeno comercial mercantil. Pero no sólo

es un fenómeno comercial sino que también es un fenómeno de identificación: se usa el perfume y se es ella.

Gran parte de los estímulos para vivir, de las acciones que las mujeres realizamos cotidianamente, tienen que ver con la realización de las fantasías, con estos seres fantásticos que internalizamos y a quienes nos queremos parecer, quienes queremos ser.

Por eso se da la obsesión por el cuerpo. Como el cuerpo es el espacio destinado para vivir la mayor cantidad de hechos en nuestras vidas, en la juventud -y sobre todo en las mujeres contemporáneas jóvenes- existe esta obsesión. Ya no es la atención al cuerpo sino la preocupación permanente por él; y las mujeres jóvenes movilizan una gran cantidad de recursos para atender su cuerpo. Para construir, para disciplinar su cuerpo, para que sea de ciertas maneras y no de otras. Para tener ciertas formas y no otras, cierto peso y no otro, cierta imagen y no otra.

Pero no se trata de un cuidado amoroso del cuerpo. Es el cumplimiento estricto del deber ser cuerpo-objeto. Por eso el envanecimiento por la belleza, por eso la valoración que no es superflua por la belleza, porque ser bella es una exigencia social. Entonces, cada mujer se valoriza en relación con la belleza.

Por eso se establece un drama entre el deseo de ser bella y el deseo de aprender. Ahí hay un conflicto entre el deseo de tener un cuerpo de determinada manera y el deseo de ser diestra en algo. Aparecen como fenómenos contradictorios. A qué se dedica el tiempo: ¿a cuidar el cuerpo o a estudiar?. Mañana hay un examen, pero a lo mejor se dedica el tiempo a cuidar el cuerpo y no a estudiar; o se dedica el tiempo a buscar una mirada para el cuerpo y no a otro objetivo que se tenía. Las jóvenes todo el tiempo están tomando opciones entre hacer una cosa por el cuerpo y todo lo que trae el cuerpo, o hacer otras cosas.

Esta centralidad del cuerpo en la vida de las jóvenes les ocasiona enormes problemas, porque los estereotipos fantásticos del cuerpo no corresponden ni siquiera, a veces, con los tipos corporales que se tienen. Si se imponen estereotipos raciales a lo mejor hay que cambiar el color de la piel, el color de los ojos, el color del pelo; hay que cambiarlo todo.

Pero lo más importante de este fenómeno, es que se vive con una enorme voracidad infantil. Se aprende a desear sólo a través del cuerpo y a gratificar sólo a través del cuerpo. Se desea lo que se desea, se acaba comiendo; ya no se sabe qué se desea, sólo se tiene hambre o no se come.

Esta voracidad infantil en las mujeres jóvenes se extiende actualmente a mujeres de todas las edades. Busca satisfacer cualquier deseo consumiendo; o sea, obteniendo cosas del mundo: consumiendo, comiendo, comprando, ingiriendo; o bien frenando todos los deseos a ingerir, consumir, comer.

En el horizonte cultural de las mujeres, en este periodo de la vida, aparece la palabra dieta como una obsesión a la que se destina gran cantidad de energías. Si no se resuelve el conflicto, esta palabra será una obsesión para toda la vida.

A este fenómeno están ligados procesos contemporáneos importantes; dramas ligados a la bulimia y a la anorexia, que son hechos juveniles de las mujeres. La anorexia es una negativa a comer y la bulimia es lo contrario. Entonces, hay rangos muy amplios pero casi todas las mujeres jóvenes están atrapadas en esta contradicción.

Es un fenómeno de consumo y exhibición permanente. Las mujeres jóvenes viven en exhibición. Exhiben sus cuerpos. No caminan. Van en exhibición. El espacio habitado por las mujeres es una pasarela. No es la calle, no es el aula, no es la sala; es una pasarela para ser miradas y así ser valoradas.

La fantasía más importante que está atrás de todo esto es que si se logra ser la fantasma de cada una, se obtendrá el bien máspreciado para las mujeres jóvenes: los hombres. El bien máspreciado para vivir es otro sujeto; no está en la propia persona. Realizar la vida depende de realizar el vínculo con los hombres. Por eso en la identidad de las mujeres jóvenes prevalece, en muchos casos, la disposición a la seducción. Y se seduce sirviendo o siendo objetos estéticos.

Otras mujeres adoptan otros procedimientos. En vez de construir sus cuerpos e imágenes y formas de ser ligadas a lo materno, a lo doméstico o a lo erótico y seductor, optan por no tomar demasiados

signos identificados con la feminidad tradicional. Este fenómeno se ha identificado como la necesidad de ser agénerica -sin género- para neutralizar, como cualidades personales a las que se identifiquen demasiado con nosotras las mujeres. Existe entonces la tendencia, en muchas mujeres, a no asumir ni adoptar los elementos más convencionales de lo simbólico de la feminidad en cualquier acción dominante. Se busca construir, en parte, la neutralidad genérica.

Por ejemplo, entre los rasgos de la indumentaria o accesorios externos de la identidad, se opta por trajes que no evidencien demasiado, que no sean muy semejantes a los de mujeres del mundo en que se vive. Se buscan trajes supuestamente neutros, pero que en realidad resultan masculinos porque el unisex es realmente el androsex. No está indiferenciado porque tiene una procedencia de lo masculino.

Otras mujeres optan por asumir y mostrar directamente rasgos de identidad masculinos y ligan todo esto a un tratamiento específico del cuerpo. En vez de emitir mensajes de seducción, no emiten la seducción a través del cuerpo.

En muchos casos se asocia esta tendencia a tener un cuerpo agenérico, con una crítica conciente a la feminidad tradicional. No se quiere ser así y por eso se utiliza otro tipo de elemento de identidad para ser identificada. De hecho, esto evidencia el deseo de no ser identificadas como objetos, el deseo de no ser cosificadas.

Pero el rechazo a expresiones corporales tradicionales de las mujeres lo que logran muchas veces es la rigidez del cuerpo. Muchas mujeres en el extremo, rechazan todo lo que se asocia a lo femenino; por ejemplo, se rechaza el baile, se rechaza el gusto por la belleza, o se rechaza cualquier cosa que se considera femenina.

En muchos casos estos rasgos, que yo mencioné de manera muy rápida, están relacionados con las actividades que realizan las mujeres. Por ejemplo, hay mujeres ligadas a la vida intelectual, que asumen rasgos de agenericidad; pero también hay mujeres ligadas a la vida intelectual que asumen rasgos tradicionales, muy identificados con la feminidad dominante.

Si se opta por esta tendencia agenérica, a veces se buscan espacios donde poder desarrollar estos cuerpos; como por ejemplo los ámbitos deportivos. Hay mujeres que pueden encontrar en estos ámbitos ese tipo de disciplina que no exige de ella emitir mensajes de seducción, de fascinación y de belleza. Entonces pueden deportivizarse para encontrar un ámbito de menor confección del cuerpo en el sentido tradicional. Otras se militarizan y son felices en uniforme, el uniforme que sea, de enfermera, de militares, de scout, de lo que se quiera; o sea, algo que no sea una indumentaria o todo este conjunto de hechos que identifican con lo más convencional y lo más tradicional.

Lo interesante es que muchas veces se adoptan rasgos formales como una oposición a la identidad de género impuesta y a veces se empieza por los rasgos formales, por ejemplo, los rasgos de indumentaria, de arreglos corporales, etc. y poco a poco se van internalizando otros aspectos para no ser como se les ha asignado que sean.

La sexualidad, dimensión fundamental de la vida.

A nivel teórico, general, en la juventud hay dos etapas: una etapa formativa y otra productiva. Pero también he hablado de lo que es la condición juvenil de las mujeres. Y resulta que en relación a esas dos etapas, lo que es más común en la vida de las mujeres concretas es que lo formativo y lo productivo no son realmente etapas, sino que son dimensiones de la vida que muchas veces son simultáneas. Al mismo tiempo que se está en proceso de formación, se está ya en proceso de producción.

Pero en el caso de la mujeres, además, se añade otra circunstancia que agrega mayor complejidad al cuadro. Y es que para las mujeres, la juventud tiene simultáneamente tres dimensiones: la dimensión formativa -está en acopio de recursos-, la dimensión productiva -las mujeres hacen en el mundo- y la dimensión reproductiva. Estos tres importantes elementos estructuran, de hecho, el mundo juvenil de las mujeres.

No es que en los hombres no exista esta dimensión reproductiva. También existe, pero ocupa un sitio distinto en sus vidas y tiene un peso diferente. En el caso de las mujeres lo reproductivo puede modificar y dirigir las vidas exclusivamente en un sentido, o puede hacer cambiar

planes o interrumpir procesos. Entonces, lo reproductivo en las mujeres tiene una significación fundamental.

Ubicados en este punto, la diferencia con los jóvenes varones es la sexualidad, la vivencia de la sexualidad y los poderes diferentes asignados a las mujeres y a los hombres. Aunque mujeres y hombres pertenecen a la juventud, encontramos diferencias tan grandes entre ellos que les dan posibilidades de vida muy distintas.

En el caso de las mujeres, en torno a la sexualidad, en nuestras sociedades con la cultura patriarcal-sexual en la que hemos sido formadas, en una cultura que hoy ha sido llamada de prejuicios sexuales, machistas, masculinista, a veces hasta misógina, la sexualidad se caracteriza previo a la juventud por ser prohibida. Las jóvenes llegan a la juventud por un recorrido de prohibiciones.

Ese es el camino de la sexualidad. La sexualidad infantil es no solamente negada -se niega que existe y por eso no se le llaman así a sus manifestaciones- sino que además se prohíben una serie de evidencias infantiles que se dan. Esta prohibición logra crear un enorme deseo en torno a la sexualidad. La juventud es presentada así como un momento de la vida, como un espacio para eliminar un conjunto de hechos prohibidos, para vivir una serie de cosas en torno a la sexualidad.

Pero justamente lo que inicia la sexualidad juvenil es un tabú. Es una prohibición extrema tan importante que se convierte en un marcador: ahí se inicia la juventud. Este tabú está asociado a la aparición de la menarquia, o sea, la primera menstruación. Lo que no es muy evidente es qué aparece en la primera menstruación. Ahí está. Y ya sea que se la niegue, se la apruebe o se la rechace, ahí está. Esa es la marca. Es una marca de edad, es una marca de tránsito. Tiene un conjunto de significados, pero tal vez el más universal -en sociedades como las nuestras- es el significado de ser la marca de la fecundidad de las mujeres. Es el recuerdo de la prohibición y el deseo.

La juventud es como un espacio para vivir una serie de hechos. La mujer menstruante es una mujer fecunda y lo que ocurre es que cuando aparece la marca de la sangre, de inmediato la joven se convierte en virgen. No nacemos vírgenes, nos hacemos vírgenes a la primera

menstruación. No nacemos vírgenes porque la virginidad es la prohibición que mantiene a las mujeres intocadas desde el punto de vista sexual. No existía antes porque se considera que las niñas no tienen sexualidad.

La juventud se inicia entonces con la virginidad y concluye con el primer parto. Después del primer parto, ya sea porque “te hicieron el favor” o estés casada o soltera, es el parto el que convierte a la mujer en adulta.

Sucede que este proceso adulto de la mujer encierra un cambio. Transitar por la vida es dar paso a la movilidad, a la relativa libertad concebida. Para muchas jóvenes significa dar fin a la escuela; para muchas significa también dar fin al trabajo productivo; salir del ámbito público y vivir en el ámbito privado o construir vidas complejas.

El tabú de la virginidad es implantado sobre el deseo de la sexualidad. A la mujer se le ofrece la idea de que al crecer podrá ejercer su sexualidad pero en realidad se inicia con el control de la sexualidad por los otros -los adultos, los familiares, las instituciones. La virginidad es el tabú sexual que permite que las mujeres estén tabuadas para sí mismas -para que estén prohibidas para los hombres pero también para sí mismas. Varias autoras han señalado que las jóvenes ya no son dueñas de su cuerpo. La virginidad significa pertenecer a otros; hay que rendir cuentas a otros y la joven no es responsable ni dueña de su sexualidad. Está prohibida.

Y es en este momento de mayor prohibición que surge el mayor deseo de vivir esa sexualidad. En nuestra sociedad la sexualidad se asocia directamente al amor. El deseo erótico va ligado al deseo amoroso. Existe el deseo de alcanzar en una sola persona el deseo amoroso y el deseo sexual. A veces no es claro si se ama a alguien o si se le desea.

Esta etapa tiene como contenido pasar de la prohibición a la realización del erotismo adulto heterosexual y conducir al establecimiento de vínculos permanentes. Deben de construir pareja.

Toda la sexualidad magnifica el coito como momento ritual de identidad. Joven, virgen y núbil; sobreviene el coito y se convierte en mujer adulta y el parto aparece como momento culminante de este proceso.

La siguiente fase es la maternidad. Es la vía tradicional de la mujer y es la que viven muchas jóvenes todavía y aún cuando sean transgresoras, lo que hacen es vivir fuera de las instituciones, pero el contenido es el mismo: vivencia de la sexualidad como el espacio para establecer vínculos con los hombres y lograr el estado adulto.

Al establecer este tipo de relaciones, las mujeres se quedan vitalmente dependientes y en contradicción con otras cosas que las hacen ser independientes. Aunque sean muy capaces depositan la posibilidad de ser felices en este tipo de relaciones con los hombres. No importa con qué cosas se pueden desarrollar en la vida, lo que importa es tener vinculación con los hombres.

En este conjunto de vivencias, los hombres se vuelven el centro de la vida para las mujeres no sólo externamente sino dentro de su vida subjetiva, pues se contruye a las mujeres para ser afectivamente dependientes.

El erotismo y el vínculo con los hombres

Los hombres y las mujeres son distintos, pero sobre todo son eróticamente diferentes. La sexualidad es una vía de apropiación de las mujeres. Mediante la sexualidad las mujeres sienten que le pertenecen al varón. En su propia subjetividad, no es el varón el que le pertenece a ella sino ella a él. Las mujeres se vuelven propiedad de los hombres por la sexualidad.

Desde el punto de vista del amor, las mujeres aman a los hombres más que a sí mismas. La autoestima y la auto-valoración son utilizadas para vincularse con el otro y todos los verbos (hacer, pensar, querer, etc.) se vuelven no protagónicos. El protagonismo de la propia vida se traslada a los hombres, a los cónyuges. Toda relación con los hombres está profundamente marcada por la idea cónyuge y hay que convertir a algunos en cónyuges potenciales. La cultura logra hacer de las mujeres seres dispuestos a conyugalizar con los hombres. Después de esto, todas las relaciones con los hombres pasan por la sexualidad.

No se pueden establecer relaciones amorosas paritarias con los hombres porque ellos son adorados en una dimensión sagrada.

Han sido esperados durante toda la vida; anunciados, presentados como el objetivo de las mujeres. No importa qué atributos personales tengan, nos relacionamos con ellos primero en la fantasía. Esto sucede aunque los hombres no propongan nada. Asociamos a ese hombre todos los atributos de la masculinidad que fuimos enseñadas a desear.

Los motivos y las explicaciones que cada joven da para relacionarse con el otro pueden ser muchísimos. Porque es guapo; por el tipo de indumentaria que usa -porque es raro o bien porque es tradicional o porque es moderno. Por el corte de pelo -el pelo puede ser el vínculo de toda la vida. Por el arreglo personal; por el arete. También porque es muy macho, porque mostró fuerza, porque no fue violento, porque le pegaron, porque es autoritario. Ese rasgo que se muestra en ese alguien es lo que conecta personalmente a las jóvenes. Se enamoran de los jefes: del que fue su jefe, del que conoció en el club, del jefe de una pequeña pandilla, de un equipo; de los jefes políticos. ¡Ah, esos son magníficos!

Cualquier héroe, en potencia o probado, es un hombre a enamorar. Pero lo que está atrás de todo esto es el poderío encerrado tras estos rasgos. Si ese hombre va con uniforme ¡mucho mejor! Hay unos verde olivos que son enamorables. Hay otros uniformes médicos que ¡son arrolladores! Son buenos, curan, salvan, son románticos. Cualquier uniforme engrandece, le añade poderío a un hombre. Pero también hay algunos que sin uniforme también están preciosos.

Hay muchos elementos a través de los cuales se justifica concientemente el vínculo repentino, inmediato, pero que llega a ser profundísimo con un hombre. Por ejemplo, con quién tiene relación un hombre, a veces es motivo suficiente para enamorarse de él. Si es el novio de una amiga, si es el hombre de otra mujer, eso lo hace enamorable para muchas mujeres. La propiedad sexual es un hecho que hace clic. No se sabe nada de esa persona, simplemente viene acompañando a otra a una fiesta y entonces, tiene que ser con ése, porque lo traía fulana.

En muchos casos los fenómenos son muy cruzados y enredados. A veces lo que nos conecta con un hombre es la rivalidad con otra mujer o es la autoestima. Por ejemplo, me decido por ése porque no le gusté y ahora le tengo que gustar; ahora lo voy a seducir. Es decir,

el vínculo profundo que ya estaba dado se maneja concientemente de muchas maneras; simplemente estaba esperando quién lo ocupara. El vínculo profundo ya estaba dado y cualquier pretexto es bueno.

Un elemento fundamental en el establecimiento de vínculos con los hombres son las cuestiones económicas. Por género los hombres monopolizan la riqueza y a las mujeres nos toca muy poca riqueza económica social en el reparto, entonces los hombres son deseados como portadores de bienes económicos. De ahí resulta que cualquiera que tenga más bienes económicos es un posible candidato. Cualquiera que pertenezca a un estrato social superior al nuestro ya representa más poder social y más poder económico; representa subjetivamente más poder, aún cuando no lo tenga.

Los salvadores también son muy valorados. Son los hombres que salvan a las mujeres de algunas circunstancias difíciles, que las protegen, que las acogen, que las defienden a veces de su familia, de sus padres, de otros hombres, de otras mujeres. Pero a veces resulta que es por que no había otros y éste gana. Eso es lo que cambia del sistema. No tiene que tener ningún atributo, sólo su presencia. Era el único en la fiesta, era el único en el pueblo, era el único del barrio, era el único de la clase. Es ese superdeseado, superadorado por ser ése.

Y, finalmente, no importa -en el fondo- cómo se den las relaciones porque puede ser de muchas maneras. No importa qué tanto las jóvenes amen o desprecien a los jóvenes o a los hombres mayores con los que están vinculadas, de todas maneras están fijadas a ellos. Puede ser en el amor, pero también puede ser en el desprecio o en el odio porque resulta que pueden desarrollarse afectos positivos y también pueden desarrollarse afectos negativos y el proceso continúa porque la mujer está fijada al hombre. Y a lo mejor lo está en la parte odiosa de la relación.

El lesbianismo juvenil

Hay mujeres jóvenes que no aprenden la heterosexualidad. No es que nacieron torcidas. No es que tienen más cromosomas, no es que les sobran genes; no tienen desconchinflado el instinto, no. Tienen atracción sexual y amorosa hacia otras mujeres.

Pero esto parece suceder así de pronto. De repente las mujeres jóvenes se sienten atraídas por otras mujeres, pero lo que pasa es que es en esta etapa cuando se evidencia la atracción.

En nuestras sociedades, la mayor parte de las mujeres viven en la infancia segregadas en un mundo femenino. Vivimos en un mundo segregado por género con algunos espacios donde hay relaciones mixtas. Y hay espacios del mundo que aunque contengan ambos géneros siguen siendo femeninos. Por ejemplo, el mundo doméstico es un mundo femenino aunque allí haya niños y niñas, jóvenes y jóvenes.

Muchas veces las mujeres viven en la casa solamente entre niños y mujeres. A veces, también en lo público están segregadas. En muchos países hasta hay escuelas para mujeres y escuelas para hombres y si son escuelas mixtas, se sienta a los niños de un lado y las niñas del otro. Hay múltiples mecanismos de permanente segregación genérica. Se evita el contacto directo entre mujeres y hombres durante muchos años y en gran cantidad de actividades. De esta manera, la sexualidad se desarrolla entre personas del mismo género porque aunque esté prohibida, la sexualidad infantil existe, se despliega. Las niñas y los niños se tocan; juegan con sus cuerpos, se excitan con sus cuerpos. Desean hacer cosas con sus cuerpos y las hacen; incluso enfrentando los tabús y enfrentando el control, el regaño y hasta el castigo.

Pero si lo hacen en un mundo segregado, es obvio que los niños tienen sobre todo experiencias sexuales infantiles con los niños, y las niñas con las niñas. Muchas veces se permite realizar las cosas prohibidas entre los géneros a personas del mismo género. Por ejemplo, se permite que las niñas duerman juntas o se permite que los niños duerman juntos, pero no que duerman revueltos; ya no se permite que se bañen juntos.

En la infancia se vive una gran cantidad de hechos sexuales aunque no se les llame sexualidad. No es que de pronto en la juventud las mujeres descubran que tienen atracción por otras mujeres sino que la han tenido todo el tiempo. Lo que sucede es más bien lo contrario, que en el inicio de la juventud, las otras mujeres -las que se desarrollan heterosexualmente- son reprimidas en todos estos deseos, atracciones, prácticas y juegos. Las expresiones de la sexualidad entre mujeres van siendo cada vez más limitadas y más estereotipadas. Se va transformando el objeto del deseo y va siendo ocupado por los hombres.

En el caso de las mujeres lesbianas, de aquellas que en este proceso de sus vidas asumen -asumir no quiere decir comprender- el lesbianismo, lo que ha sucedido es que no reprimen eso, sino que desarrollan relaciones sexuales prohibidas, prácticas sexuales con otras mujeres prohibidas. Digo prohibidas porque no están prohibidos los besos de mujer a mujer; las amigas nos besuqueamos, las mamás y las hijas nos besuqueamos, las hermanas nos besuqueamos, las comadres, ¡todo mundo! Es un besuqueadero entre mujeres pero sólo en ciertas partes del cuerpo. Lo que está prohibido son ciertas partes del cuerpo porque éstas están destinadas a los hombres; nada más por eso. Los abrazos entre mujeres tampoco están prohibidos. Pero hay abrazos distintos. La intensidad cambia el hecho. El baile entre chicas es común. Muchas veces se aprende a bailar entre mujeres porque los hombres no son compañía de baile en esas segregaciones.

Lo que sucede es que todos estos hechos: el baile, el conocimiento del cuerpo, el tocar el cuerpo, el mostrar el cuerpo, pasan a tener una significación directamente erótica. Ese es el gran cambio. Ya no se muestra el cuerpo para ver cómo es, sino que se muestra porque se quiere obtener placer erótico, o porque se quiere ver el otro cuerpo. No es que se hagan cosas tan diferentes, sino que varían el sentido y el contenido de las prácticas, conformando una sexualidad específica. A esta sexualidad es que se le llama “sexualidad lésbica”.

Es una sexualidad prohibida. Las jóvenes que viven esta sexualidad viven en la transgresión. Muchas de ellas la viven en la clandestinidad. Tienen que ocultarse porque no tienen el poderío suficiente para defenderse del control y del castigo del mundo. Buscan cónyuges entre las mujeres y con ello transgreden otra norma importante -la conyugalidad tiene que ser heterosexual- porque ya no se trata sólo de parejas sexuales o de amistades sino de cónyuges.

Hay mujeres jóvenes que tienen experiencias sexuales lésbicas al mismo tiempo que tienen experiencia sexuales heterosexuales. En su subjetividad incluso juran que son heterosexuales pero han tenido algunos escarceos con alguna prima, con alguna amiga íntima o cariñosa o con las trabajadoras domésticas. Ocurre con personajes femeninos que están en la vida de las mujeres con las cuales o entre las cuales

se desarrollan relaciones sexuales que pueden ir desde un beso hasta todo lo que se quiera.

Pero en esa segunda opción, eso puede formar parte de una experiencia colateral a lo que la joven considera sus verdaderas experiencias sexuales y entonces no asume esto como experiencia central, sino como algo que ha ocurrido.

Si las jóvenes no han superado la dependencia, si no han desarrollado -sobre todo su autonomía y su independencia- también establecerán relaciones de dependencia, aunque la cónyuge sea mujer. Eso no cambia las cosas. Entre mujeres se establecen relaciones amorosas tan dependientes y tan fantásticas como las que se establecen en torno a los hombres.

Todas estas experiencias -que pueden ser muy deseadas y muy gozosas- están cargadas de culpa y de miedo porque la sociedad las culpabiliza. Esta culpa y el deseo de protegerse, hace que muchas mujeres oculten esta disposición sexual. Hace que se orienten hacia el ocultamiento y la actuación, que actúen para que los otros no las hostilicen y pueden desarrollarse, como se dice, en el closet, o sea, guardaditas para no ser descubiertas.

Hay otras que pueden convertir su opción lésbica en una cruzada política y entonces transforman esa experiencia en una lucha reivindicativa. En estos casos -sin calificar el hecho- es una necesidad de exponer públicamente lo que hacen, tal como en el caso de la heterosexualidad donde la sexualidad se exhibe.

A veces, optar por enfrentar el mundo desde aquí, puede significar para las jóvenes confrontaciones familiares enormes, pérdida de amistades, pérdida de trabajo. Todo esto puede llevar a una serie de castigos sociales porque hay en nuestras sociedades un miedo al que se le llama fobia, que se expresa como rechazo al lesbianismo y a la homosexualidad en general. La situación cambia si no hay represión, si no hay puntualización y si no hay castigo. Cambia cuando hay aceptación de la persona independientemente de o incorporando su hecho lésbico como parte de la aceptación.

Existe una tercera opción que es la negación de la sexualidad con los otros o con las otras. Son las mujeres cébiles, las jóvenes cébiles. Aquellas que no cumplen con el mandato. No dejan de ser vírgenes sino que se mantienen vírgenes. Es algo sobre lo que se escucha muchísimo en el mundo contemporáneo; la preocupación porque ya se tienen demasiados años y se sigue siendo vírgenes. Hay quienes andan buscando alguien que “les haga el favor” para salir de este grave problema de identidad.

Se trata de un problema de identidad, no de un problema de vivir la sexualidad, ¿Por qué?, porque va en demérito de las mujeres seguir siendo vírgenes toda su vida. Porque desde esta perspectiva, las mujeres se valorizan por cumplir con la sexualidad dominante y cumplir ésta quiere decir que en un momento dado, hay que dejar de ser vírgenes, hay que tener pareja sexual y vivir la sexualidad permitida.

El amor

El amor es la experiencia más idealizada para las jóvenes porque además no está prohibida. En cambio, en las tradiciones nuestras la sexualidad siempre tiene un cerco de negatividad y de prohibición. Por eso es que muchas experiencias eróticas encuentran su justificación conciente en el amor, o sea, son aceptadas como experiencias amorosas positivas, aunque estén originadas en experiencias eróticas que no tendrían por qué conducir a relaciones amorosas que implican otro tipo de vínculos.

En la mayoría de las jóvenes, el amor ocupa el centro de la intencionalidad de la vida, es el sentido de la vida y está en el deseo de vivir. No son la misma cosa: no es lo mismo desear vivir para algo, que tener un sentido de la vida, que dirigir nuestros hechos hacia algo. Pero la especialización femenina implica concentrar estas tres cosas que he dicho en un sólo sentido y ese sentido es el amor.

En la mayor parte de las jóvenes el amor es un deber y significa una regresión. Una regresión al mundo infantil, a los amores infantiles. Las jóvenes que ya no son niñas, que han caminado por la vida, que han crecido, que han hecho muchas cosas, de pronto cuando se enamoran vuelven a sus primeras experiencias amorosas o desean volver a ellas. Entonces, las experiencias de amor y las relaciones

amorosas que establecen no corresponden con su edad: viven amores totales, como si fueran bebés; no sólo viven amores totales sino que el amor se convierte en una experiencia totalizante.

¿Por qué esta regresión? ¿Por qué esta vuelta a una experiencia vivida en el pasado? En parte porque, en las experiencias amorosas juveniles se busca resolver un problema de fondo, que es ese que se ha llamado la orfandad de las mujeres.

Al crecer las criaturas experimentan la experiencia de la separación. Crecer es, en parte, separarse y se separan de la madre a diario. De tener ese amor totalizador en la experiencia con la madre, son obligadas a crecer y a hacerse cargo en parte de sí mismas. De ahí la experiencia de la orfandad, de sentirse que les falta algo, que han sido abandonadas. Las niñas van creciendo y las jovencitas van creciendo en busca de algo que conocen y que han perdido y quieren encontrar y son educadas para encontrarlo en los hombres, en los cónyuges. Entonces, la experiencia amorosa juvenil es muy contradictoria, por todo lo que hemos estado viendo hasta el momento pero además, por todo lo que se deposita en ella.

Esta orfandad de las mujeres se va incrementando en el transcurso de la vida; ya no es sólo la orfandad de la niña chiquita sino que es ese conjunto de sentimientos ligados a todo lo que falta, a todo lo que ha ido faltando a lo largo de la vida.

En el momento en que se llega a la experiencia amorosa, se deposita en ella la satisfacción de carencias de todo tipo. La joven se deposita en la experiencia amorosa y busca en ella sustitutas o sustitutos simbólicos de la madre perdida y del padre perdido.

¿Cómo ocurre el amor juvenil? El amor juvenil ocurre casi siempre como enamoramiento y se considera positivo estar enamorada. Es más, estar enamorada es sinónimo de felicidad pero en realidad el enamoramiento consiste en la fusión afectiva con el otro. Consiste en una pérdida de límites donde la persona se desdibuja. El máximo enamoramiento es aquel que se vive en el otro.

Ocurre que para las mujeres el otro ocupa el centro de la vida, entonces, esta fusión es en realidad una entrega. Es decir, que lo que la

mujer dá en esta relación es **todo** y todo es su yo mismo. El hombre no pierde todos sus límites. Y efectivamente, la mujer es habitada; es ocupada afectivamente, en una experiencia de máximo gozo. Gozo que se produce por esta capacidad de fundirse en el otro, con el otro. Nada más que -insisto- no es una fusión simétrica ni recíproca porque el otro ocupa el centro de la vida.

Y una segunda consideración es que, en el caso de los varones, en términos generales, por todo su proceso de construcción de la masculinidad, después de una primera fase de enamoramiento en que efectivamente también pueden vivir esa experiencia de fusión, salen de ella reconstituidos.

Los hombres, después de la primera fase de enamoramiento, reconstituyen el yo, se fortalecen narcisistamente. En cambio las chavalas quedan pegadas, adheridas a los hombres, con un deseo abierto de fusión, de volver a la fusión.

Después de esta fase de enamoramiento empiezan las evocaciones. Se evoca el pasado, lo que ya no se tiene: el amor de una tarde, de unos meses. Para cada quien el amor dura distintos periodos de tiempo pero no dura mucho. Entonces, lo que se conserva en la afectividad amorosa de las mujeres es este deseo de fusión, de volver a..., es un deseo pasajista pero que permite que la mujer quede prendada del hombre, a veces para toda la vida, a veces por un tiempo.

Mientras menos hayan madurado las mujeres, mayor orfandad; mientras más dependencia, mayor enamoramiento y mayor pérdida de la propia identidad en el otro. Mientras menos consolidación de la autoidentidad, es más fácil que el otro ocupe el centro de la propia vida.

Entonces, el amor es una confrontación de poderes que para la mayor parte de las mujeres significa -conciente e inconcientemente- la dependencia más profunda, el establecimiento de vínculos afectivos de dependencia con el otro. Si el proceso es exitoso, el amor es el espacio de la dependencia.

¿A qué lleva esta vivencia del amor? Lleva a la pérdida de la autoidentidad; lleva a la pérdida de juicios propios, a la pérdida de deseos propios. Podría enumerar un montón de pérdidas pero también voy a decir que lleva a la adopción de juicios, de deseos, de opiniones

del otro. Se empieza a pensar como el otro, a desear lo que el otro desea. Se puede llegar a tal punto, que satisfacer el deseo del otro es lo más importante.

En el amor se establecen todas estas dependencias, se establece la lealtad que obliga a la fidelidad al otro. No hablo de fidelidad en las relaciones sexuales sino de serle leal al otro, de que el otro siempre esté en primer término.

El amor vivido de esta manera, hace que se dé -como proceso de vida- un paso en la conversión de las mujeres en seres para los otros. Se dá una especie de enrosque, como en el ajedrez. Es una jugada en que se cambian las posiciones por un pacto y con ello se permite entrar en una jugada de defensa que a lo mejor concluye con la victoria, no lo sabemos, pero es una jugada que fortalece.

Aquí se da, entonces el enrosque, y la joven cede el lugar central de su existencia a la otra persona. Ese es el error porque lo que cede es la ocupación de su yo y hay que decir que el yo es lo máspreciado que se tiene. Este es el momento culminante de la condición patriarcal de las mujeres y ocurre en la juventud.

A muy temprana edad en la vida se concluye un proceso que se inicia al nacer y que culmina aquí como un proceso internalizado. Es un proceso subjetivo que constituye a la joven. La joven ya no es más para sí misma, es para el otro en el amor. Es esta conversión de la joven en ofrenda y esta disposición de todas sus energías vitales para ese otro y para otros más.

El amor es también la afectividad de la pertenencia. La joven tiene dueño. El amor constituye entonces un mecanismo de propiedad. Por eso los novios, los amantes, los amigos pueden relacionarse con las jóvenes como si fueran de su propiedad. Por eso pueden decidir como se comportan las jóvenes, qué hacen, adónde van, adónde no van, cómo se peinan, qué tipo de maquillaje usan, o qué no usan, a qué hora es adecuado que estén en la calle, si van a una fiesta o no van, con quién tienen relaciones sexuales; y no pueden tener más relaciones sexuales si no es con ellos.

Se deposita en el otro la capacidad de controlar su vida, de disponer de ella, de su tiempo cuando están presentes y también, de su tiempo cuando están ausentes. Si la joven no está con el amado, lo está amando. Eso quiere decir que aunque esté en esta aula en este momento, está acá con sus fantasías, alimentando el deseo de que al ratito, como a las seis ya va a llegar.

Tener el centro de la vida ocupado, es eso. Es pensar en el otro conciente o inconcientemente, sentir conciente o inconcientemente, desear al otro permanentemente. Es no poder concentrarse totalmente en algo porque hay otra parte que está concentrada en otro lado, en otro esfuerzo vital y le pertenece al otro.

Este tipo de amor es como estar poseídas -por ahí hablaban de estar penetradas, pero no se requiere de la penetración sino de la posesión. Es otra práctica distinta que a veces va asociada a la penetración, pero no necesariamente. Más bien éste es el tipo de amor que se cultiva en nuestra sociedad. Es el tipo de amor que se nos impone y para el cual somos educadas afectivamente. El mecanismo es muy simple. Se nos crea una afectividad de seres carenciadas para que todo el tiempo deseemos la satisfacción por la vía del otro y en consecuencia, no podemos despegarnos del otro. El otro posee elementos vitales para nosotras y además, nos unen lazos simbióticos al otro.

Ese es un mecanismo que puede reproducirse infinitamente y que además es muy eficiente porque los hombres no necesitan siquiera quedarse a cuidar la propiedad; se pueden ir por el mundo tranquilamente. Las mujeres, las jóvenes -a veces es una tragedia- quedan ancladas. El amor se vuelve un ancla que impide el movimiento, la movilidad, la disposición a hacer cosas porque entonces la joven existe para esperar al otro. Por eso no puede quitarse, no puede irse, no puede moverse por el mundo.

Esa vivencia del amor, a veces, es contradictoria para las jóvenes, porque -en el caso de jóvenes muy estructuradas por sus padres o por los adultos-, ven en estas experiencias amorosas la posibilidad de dejar de estar controladas por los padres, por la familias, por quienes ejercen estos poderes; y entonces concientemente -y a veces inconcientemente

también- optan por esta adhesión al otro. Y vuelven a quedar atrapadas. Nada más que al control se le llama amor.

Si no existieran todos estos condicionantes, podrían existir otras formas de amor. Pero el amor no es abstracto ni neutro. Es una experiencia producto de las circunstancias específicas de quienes aman; y si las características de quienes aman son éstas, no se trata de pensar que a mí no me pasa eso, o no me va a pasar eso. No es una cuestión de voluntad.

La maternidad

A través del amor y por la vía de la sexualidad, las mujeres además de convertirse en seres para este hombre, se convierten en seres para los hijos. En América Latina todavía están asociadas la sexualidad, el amor y la maternidad.

Esto ocurre en primer lugar porque en América Latina, sólo el 11% - como promedio- de todas las mujeres en esta edad utilizan métodos anticonceptivos. Si esto todavía es así, estas condiciones de la sexualidad hacen que las experiencias sexuales se transformen casi de inmediato en experiencia de gestación, embarazo y parto.

Después de la realización de la fantasía, sobreviene la transformación de la joven amante en joven madre. Todo está asociado. Existe una cultura que legitima esto y es la cultura que hace que la joven no se haga cargo de su sexualidad, aunque tenga recursos para ello. Me estoy poniendo en el caso extremo de jóvenes informadas que saben de la existencia de métodos anticonceptivos y que pueden acceder a ellos pero no lo hacen, hasta el extremo de aquellas jóvenes que no tienen acceso a métodos eficientes de anticoncepción.

Para las jóvenes, el erotismo siempre está ubicado en el rango del peligro. El erotismo, además de ser idealizado y fantaseado como una experiencia grata y de goce, siempre tiene inmediatamente incorporado el peligro del embarazo. Y lo que sucede es que es más importante lograr la relación con el hombre, cueste lo que cueste, que atender la fecundidad. Así ocurre en la valoración subjetiva.

Se pondera y se toman decisiones -porque las jóvenes sí toman decisiones. Toman la decisión de tener relaciones sexuales, cuando pueden hacerlo, sin cuidarse porque valoran más el vínculo con los hombres que cuidarse a sí mismas. Aunque sean vínculos coyunturales, momentáneos, de una tarde o noche, de un pequeño encuentro -no importa- lo que funciona es la sobrevaloración del vínculo con el hombre frente a la valoración de la propia vida.

Entonces la experiencia erótica es siempre una experiencia peligrosa, plasmada de placer idealizado pero con un contenido de peligro enorme. De todas maneras las jóvenes realizan las experiencias sexuales y entonces se inicia ahí todo el proceso. La amante es madre y a lo mejor no estaba en su plan de vida ser madre tan rápido; pero no tuvo la posibilidad de impedirlo. Impedir la maternidad es una posibilidad histórica, no es una posibilidad personal.

Eso sucede en algunos casos. En otros, se pretende tener un hijo del amado porque la cultura amorosa crea el deseo del hijo como réplica, como reproducción del otro, "como producto del amor". No se valoran las implicaciones de tener el hijo o la hija, lo que se pondera es la posibilidad de tener ese hijo como parte del amor, o existen tal cantidad de prohibiciones religiosas y vitalistas que entonces, aunque no se quiera, se pondera a ese producto sobre la propia vida.

Finalmente, la mayor parte de las experiencias culminan -con matrimonio o sin matrimonio, con instituciones o sin ellas- en este pasaje de la sexualidad erótica a la maternidad. La maternidad marca, entonces, esta culminación del proceso y pone un límite muy importante a la juventud: la joven tiene que hacerse cargo de la vida de otro. Esto transforma de manera impresionante la vida de las jóvenes.

Esa mujer, tenga la edad que tenga, tiene que hacerse cargo de los hijos o de las hijas, de uno o de varios. Tiene que ser responsable de su vida y cargar literalmente a costas con ellos, con ellas. Los hombres jóvenes no necesariamente modifican sus vidas por estos acontecimientos.

Para el caso de Nicaragua, las estadísticas dicen que una de cada tres madres está sola. O sea, se hace cargo de sus hijos. No es que no haya hombres, es que ellos no se hacen cargo de los hijos. Una de cada tres

mujeres está sola con sus hijos, o sea, que tiene de alguna manera que hacerse cargo de ellos siendo jefa de familia, formando parte de otro núcleo familiar, con trabajo directo o con lo que sea.

Las hijas y los hijos entonces se vuelven el otro, o la otra para las mujeres. En los casos de ausencia de los hombres y de otras relaciones, las mujeres fácilmente -sobre todo si se quedan solas jóvenes- sustituyen al amado con las hijas o con los hijos, lo que es un paquete durísimo para las hijas y para los hijos.

Los hombres socialmente han desarrollado una movilidad enorme. La paternidad -por lo pronto, en este proceso- no los obliga. En cambio a las jóvenes sí. Pero las jóvenes cuando establecen las relaciones de las que estoy hablando, no están educadas para tener conciencia de esto. Pueden estar asustadas, amenazadas de que si se portan mal les va a pasar algo, de que si desobedecen a sus padres, de que si no cumplen con la iglesia cometen pecado, pero no están concientizadas sobre lo que significa entrar a este tipo de relaciones descuidadas de sí mismas. Descuidadas quiere decir que cuidan a otros pero no a sí mismas.

Algunas hacen todo este proceso institucionalmente -en el matrimonio- y entonces cumplen con las normas. Pero cumplan o no cumplan hay que analizar el fenómeno de fondo. En plena juventud, en plena disposición de energías y capacidades, en pleno momento de cambio en la vida, en ese momento, las mujeres -millones de mujeres- parten su juventud con este hecho, que es la maternidad. Si la relación sexual y amorosa con los hombres las ataba, la maternidad las ata al infinito. Las limita y las obliga a cumplir una serie de funciones y de hechos y de actividades en las cuales ellas ya no son el centro - si algún día lo fueron.

Muchas mujeres jóvenes se dedican, entonces, a la maternidad y a lo doméstico; otras no. Otras, además de ser madres muy jóvenes todavía, sin muchos recursos, se hacen cargo de esta situación y además trabajan, y además estudian, sin condiciones sociales para hacerlo.

Sabemos que las estudiantas no tienen guarderías infantiles, que las trabajadoras tampoco, que los cuidados de los niños se tienen que resolver de manera privada, que es un asunto de cada una; que la sociedad se desentiende. Entonces, si las jóvenes se recuperan de este

hecho, tardan años en hacerlo porque el proceso les consume una gran cantidad de energías vitales, de inteligencia, de esfuerzos, de afectos, etc. Si se recuperan, podrán dedicarse, a veces, a otras actividades y a otras cosas y a lo mejor centrar su vida en sí mismas. Pero esto no es una tendencia que se observe todavía de manera importante.

Este último punto es muy importante porque es un marcador diferencial entre las jóvenes y los jóvenes. Y además de ser un marcador diferencial, hace la vida -a futuro- diferente para cada uno.

Hay hombres que también se vinculan y establecen relaciones conyugales, fundan familia, fundan linaje y se vuelven adultos. Porque fundar familia, fundar linaje, hace a los hombres adultos, aunque sean jóvenes. Pero de todas maneras, lo que sucede es que cada uno se vuelve para el otro en un deber ser. Si las mujeres son muy dependientes, se vuelven una carga para los hombres. Son vividas, percibidas como una carga porque además lo que hacen por los hombres no es valorizado. El trabajo que realizan, los cuidados que hacen, todo lo que hacen las mujeres en el mundo doméstico, no es considerado como una aportación.

Entonces establecen relaciones de enorme desigualdad en torno a los mismos hechos. Amor, sexualidad, matrimonio no significan lo mismo para ambos. Y, además, en la vida vivida, son espacios de satisfacción de algunas necesidades pero también de enorme frustración y conflicto. Cuando se supone que no hay conflicto, lo que ocurre es que se cumple con las normas. Se hacen las cosas a su tiempo, en sus espacios y "como se debe". Por lo pronto no hay conflicto con las normas, pero puede haber conflicto con la vivencia.

Hay quienes encuentran, efectivamente, la felicidad en todo esto y se vuelven profundamente felices en la entrega amorosa, felices de entregar la vida a los hijos, a las hijas, a la familia. O sea, encuentran la felicidad en el ser para los otros.

Muchas de esas mujeres pasan todo esto como un recorrido en que realizan el deseo; otras no lo realizan, no son felices al ser para los otros, y aunque hayan deseado profundamente la relación, aunque hayan construido el camino para llegar al matrimonio, a la maternidad, etc., en el momento de vivirlas encuentran que involucran muchas cosas

de las que no tenían ni idea: pérdida de autonomía, pérdida de actividades y fortalecimiento de la dependencia.

Tanta fantasía se agota con la experiencia. Lo que nos conectó inicialmente a los hombres, a veces no es suficiente para resolver todo lo que se tiene que resolver en la vida; no nos son suficientes para vivir. O sea, que no elegimos cónyuge de acuerdo a las necesidades que teníamos para resolver sino de acuerdo con las fantasías. Parte del desencanto puede ser este contraste entre la fantasía y la realidad.

En nuestros países, la mayor parte de las mujeres se desarrollan después de este momento como mujeres de doble espacio o doble vida. Muchas continúan desarrollando sus propias actividades -su trabajo o sus estudios- y además de todo esto, viven en dos mundos y se hacen cargo de su propia vida. Construidas para ser dependientes, finalmente tienen que hacerse cargo de sus propias vidas y de las de otros -a veces de familias completas. Muchas mujeres desarrollan enormes capacidades para vivir. Hacen un sobreesfuerzo y hablamos de dobles y triples jornadas de trabajo, del cuidado de la casa, de todo lo que quieran, pero lo que interesa destacar aquí, es que hay un punto de la fantasía que no se resuelve. Con todo y esa experiencia vivida, se espera, se sigue esperando que algún día, por la vía de la sexualidad, del amor y de la conyugalidad, se resuelva la situación vital.

A veces vemos a mujeres adultas que han tenido que enfrentar todo esto y que viven alimentado la esperanza que un día, esto se va a componer; que un día van a encontrar a un hombre que de veras sí va a ser distinto. La experiencia vivida no es suficiente para cotejar la fantasía. No sirve. No es utilizada como recurso de confrontación con la idealización a la que -desde la infancia y luego la juventud- se ha estado sometida.

Si no se resuelve la dependencia, si se sigue pensando que la salvación viene de otro lado, a lo mejor se desarrollan mujeres jóvenes -solas o acompañadas- capaces de enfrentar sus vidas, pero que trasladan la dependencia y esta necesidad de fundirse con algo. Y así encontramos mujeres fundidas con la causa; mujeres fundidas con el trabajo, con un club, con una iglesia, con un partido político. O sea, hay un traslado de la dependencia y de lo imaginario y se vuelve a empezar todo el ciclo •

LA CRISIS JUVENIL



La llamada crisis juvenil ha sido vista y nombrada como una crisis generacional. Se ha identificado que existen problemas entre una generación y otra que de pronto irrumpen en la sociedad como problemas políticos a veces muy localizados, a veces extendidos y que se generalizan. En sociedades diversas muchas crisis políticas han empezado como crisis generacionales.

Lo primero que se ha visto es que hay una ruptura o una contradicción entre las formas de vida que desarrolla una generación y la siguiente. Pero esto no ocurre en cualquier momento de la vida sino que ocurre justamente en la juventud. Ha habido varias crisis de este tipo en distintos países y son crisis que se expresan casi siempre ligadas a la contradicción de creencias, concepciones y valores de una generación y de la otra. Pero en realidad, son crisis políticas. Es decir, son crisis que surgen de la tensión entre las formas de vida que se puede extender de una generación sobre la otra.

Hay rebeliones contra el control que se ejerce sobre los jóvenes.

Hay búsqueda de nuevas formas de relación y entonces son crisis sociales también. Hay búsqueda de alternativas económicas y cuando se dan todos los procesos -sociales, económicos, culturales y políticos- asociados, entonces esta crisis que se inicia como una crisis juvenil puede poner en crisis a toda la sociedad.

Muchos procesos revolucionarios han tenido, en parte, como contenido, esta crisis y esta contradicción generacional. Pero no se han quedado en ella, sino que se han extendido hacia otro grupo de la sociedad y se han propuesto cambiar a la sociedad en su conjunto. No es casual que muchas revoluciones hayan sido hechas por gente joven. Ni tampoco es casual que las guerras sean hechas por gente joven.

Los jóvenes defendiendo un orden del mundo y los jóvenes proponiendo otro orden del mundo. Los encontramos en ambos lados de la confrontación, pero siempre en las circunstancias más difíciles de estos procesos. Muchas veces los jóvenes están siendo dirigidos por quienes ya no son jóvenes, pero son los jóvenes quienes personalmente viven en su propia persona y en su propio cuerpo la confrontación social en las ocasiones en que hay violencia social, guerra de guerrillas, guerra civil, revueltas, etc.

¿Cómo se logra que los jóvenes se involucren en este tipo de confrontaciones? En parte se logra porque los jóvenes trasladan el conflicto de su ser al conflicto en el mundo. La crisis personal no resuelta que correspondería al interior de la persona debe de inmediato resolverse en el exterior.

Por esa parte tan opresiva de la vida juvenil en que los jóvenes son controlados permanentemente por las instituciones, por las normas, por los valores dados en el mundo, es que su opresión busca resolverse en las causas sociales que la generan. Se identifica el yo con el mundo, automáticamente. No hay separación posible. Es precisamente por este mecanismo que las crisis personales encuentran en este mecanismo fórmulas de solución para cambiar el mundo.

En el caso de las jóvenes sucede esta homologación entre yo y el mundo; ocurre justamente en este periodo de la vida juvenil y es aprendido de los jóvenes. Aquí interviene una relación de aprendizaje entre los géneros. Las jóvenes aprenden de los jóvenes a dirimir su conflictiva en el mundo, no siempre, pero si en algunas de estas opciones.

Muchas mujeres jóvenes participan en política social, política pública por el deseo de transformar circunstancias de su propia vida, muchas de las cuales incluso no están pensadas ni muy elaboradas, ni muy concientizadas. Pero la opresión se vive y se siente. Se le dan muchas explicaciones, entre otras, aquellas acerca de la opresión social. Y aunque los procesos de cambio social ni siquiera propongan transformar aspectos de la vida de las mujeres, las mujeres participan en estos procesos políticos con la creencia idealizada de que cualquier cambio social las involucra.

Entonces, puede ser una lucha por los desamparados del mundo y se participa en la lucha por los desamparados del mundo. Puede ser una lucha por los que no tienen techo y se participa en esa lucha por los que no tienen techo. Puede ser una lucha por los desaparecidos del mundo; una lucha por organizar a los llamados sectores populares y se participa en esa lucha. Se participa en muchas luchas parciales o generalizadas, pero el impulso principal para participar, se genera en los conflictos sociales de los cuales esa persona es una síntesis.

¿Cuál es aquí el problema? El problema es que todavía hay una gran cantidad de luchas sociales que no contemplan la problemática de las mujeres. Las mujeres deseosas de enfrentar la opresión, pasan muchas veces gran parte de sus vidas ligadas a procesos que finalmente no atienden a sus necesidades ni a sus perspectivas. Más bien al contrario, en las estructuras y organizaciones sociales y políticas, las mujeres jóvenes que entran a formar parte de estos procesos, son muchas veces subordinadas de entrada. Pasan a formar parte de las bases de las organizaciones y a atender aspectos de la reproducción de la organización o del movimiento. Es un traslado de la especialización de las mujeres en la reproducción privada a la reproducción pública política.

La preparación de las mujeres como sujetos que deben tener a otros en el centro de sus vidas, es la más adecuada para este esquema de la política, porque está legitimado que las mujeres vivamos para otros, entonces está legitimado que las mujeres luchemos para otros.

Es interesante ver la asociación subjetiva y simbólica que existe entre los otros desamparados y el yo de cada una. Al luchar por los otros "desamparados", se lucha por una misma como si el problema fuera idéntico. Cualquier causa de las causas contemporáneas implica algún tipo de desamparo en la vida; y todas estas causas involucran la solución de hechos de opresión y de explotación. Entonces, la identificación de las mujeres con los otros oprimidos es el mecanismo que permite trasladar la problemática de cada una a los otros por los que se lucha, por los que se vive.

Aquí hay una contradicción importante. Muchos fenómenos de frustración personal -y a veces social- de las mujeres motivadas por deseos libertarios, no encuentran en la lucha o en las organizaciones políticas el espacio para dirimir sus propias necesidades porque ni siquiera se han enunciado esas necesidades. De ahí la importancia de la conciencia

sobre estas cosas, porque si no tenemos conciencia de ellas ni siquiera podemos plantearlas. Por eso podemos creer que nosotras estamos en los otros, cuando no estamos.

Este es un fenómeno de expresión importante en esta crisis juvenil, que en el caso de las mujeres es una crisis de género y de edad. Se sintetizan ambos hechos y construyen la participación política de las mujeres.

La participación política de las mujeres

Gran parte de las manifestaciones políticas, de las controversias sobre el mundo, son crisis antipatriarcales -aunque a veces no se enuncian así. Son crisis y propuestas de cambiar relaciones autoritarias, por ejemplo, relaciones de dominación pública y privada. Y hemos visto -y tal vez hemos vivido- la incorporación de millones de jóvenes en el mundo en este esfuerzo antipatriarcal.

En algunos casos se le ha llamado así, por ejemplo en los años 60 en Occidente, la crisis fue llamada crisis juvenil. Fue muy evidente como los jóvenes enfrentaban el autoritarismo en el mundo dado con el que no estaban de acuerdo. Y entonces se hicieron propuestas de cambio social, político y cultural y llevaron a la práctica muchas de ellas. Pero esos jóvenes crecieron y algunos de ellos siguieron siendo "anti", pero ya no antipatriarcales. Otros, ya como adultos, en el mundo que habían cambiado, fueron asumiendo las posiciones adultas tradicionales y convencionales. Otros más, en ese "anti", pudieron incorporarse a otros procesos.

En el caso de las mujeres fue interesante como -a través de la participación en este tipo de luchas juveniles que no dieron respuestas a sus necesidades como mujeres- surgieron de ahí organizaciones de mujeres y conceptualizaciones sobre la problemática y necesidades de las mujeres y se politizó el hecho femenino. Pero esto nació precisamente de la frustración de no haber encontrado respuesta a sus necesidades. Así se desarrollaron fenómenos de conciencia sobre esta especificidad de las mujeres. Creo que el aprendizaje más importante de las mujeres de esa generación fue: que no podían ser subsumidas en los otros sino que tenían un perfil social propio, sus propias necesidades y que tenían algo que decir al mundo acerca de sus propias visiones sobre sí mismas y sobre los demás.

Pero lo que sucede con mayor frecuencia es que las mujeres quedamos involucradas en organizaciones y en procesos en los que no tenemos ni siquiera espacios propios, o si hay espacios de mujeres tienen siempre que legitimarse como espacios que hacen, además, cosas para otros, que atienden otras necesidades.

Muchas veces se logra cambiar cosas del mundo exterior y, efectivamente, esta participación es positiva. Se logra hacer cambios en el mundo, se logra obtener satisfacción en las necesidades planteadas, pero lo que se fractura -en esta participación que es un tanto enajenada - es la relación entre el mundo exterior y el mundo interior, entre lo cotidiano - que muchas veces queda intocado- y la vida institucional. La participación política entonces se convierte en un deber más para las mujeres; una tercera jornada o un tercer espacio de deber en abnegación, en entrega, en tiempo disponible por los otros; y el anhelado cambio nunca llega a los recónditos espacios de la vida cotidiana y de la vida íntima.

Más todavía, las mujeres participan, las jóvenes participan en muchas de estas organizaciones con necesidades de género en distintos niveles de elaboración; y participan con otros hombres jóvenes o con adultos que no consideran positivo nada de lo que llamamos perspectiva de género o enfoque de género. Muchas veces minimizan, inferiorizan, ridiculizan este tipo de planteamientos, cuando llegan a hacerse.

Con frecuencia también lo hacen otras compañeras, porque las mujeres nos avergonzamos de tener necesidades de género. Y nos da vergüenza que se planteen cosas específicas para las mujeres. Nos da pánico. Creemos que si planteamos eso, estamos siendo hostiles con los hombres y creemos que nos estamos enfrentando con ellos como enemigos. Es una creencia porque tener necesidades no implica enemistarse con el otro.

Pero nuestra cultura es tan patriarcal que cualquier movimiento, cualquier paso dado por las mujeres, es tomado como un inicio de hostilidades. Cualquier paso. A veces, hasta el simple hecho de enunciar algo. Entonces, cuesta mucho esfuerzo personal -y a veces colectivo- legitimar frente a los demás, e internamente también, este tipo de necesidades, de disposición y de visión de las cosas.

La crisis interna

En torno a la crisis juvenil hay otro tipo de manifestaciones que no se resuelven ni social ni políticamente, que no encuentran cauce para expresarse y entonces pueden volverse crisis interna sin salida. El conflicto se vuelve un conflicto interior contra sí misma y muchas jóvenes que no tienen la posibilidad de actuar políticamente ni de comprender qué les ocurre, lo que viven es una crisis de inaceptación, de desamor, de abandono de sí mismas. El abandono puede darse de muchas formas: abandono dañino, haciéndose daño o también abandono como entrega, abandono de sí y entrega misionera a algo.

Sin embargo, la crisis de la juventud no es la única. No tiene de extraordinario más que el contenido, porque en el transcurrir de la vida, vivimos enfrentando varias crisis personales que muchas veces son generalizadas del grupo de edad.

Los niños y las niñas viven una crisis muy importante -ubicada más o menos según el desarrollo de cada quien, la cultura y la sociedad- a los tres años. Es una crisis existencial profunda. Aparece cuando se ha estructurado el primer sustrato básico del lenguaje, cuando se han obtenido los primeros recursos de autonomía y cuando se construye la conciencia del yo. Es la primera crisis; hay quienes le llaman "la primera adolescencia".

Es una crisis en la que el niño o la niña se enfrentan al mundo por su propio deseo y enuncian sus necesidades como necesidades diferentes. Es la crisis del no. Todo es no. Es la crisis del soy, o sea, el sujeto se afirma por negación del dominio: no quiero, no voy, no hago. Es una autoafirmación por negación. Después hay autoafirmación que ya no implica la necesidad de la negación permanente.

Esto es un ejemplo de una crisis que es dura y muy importante. Pero también hay otras crisis en la vida. Las criaturas las viven aisladamente; no están en contacto u organizados con otros niños o niñas. Los jóvenes y las jóvenes viven, muchos de ellos, esta crisis conviviendo entre jóvenes. Pero también viven la dimensión íntima de la crisis solitaria. Esta crisis en que hay dificultad, hay confusión, hay sentimientos de no saber, hay dificultad para pertenecer y hay dificultad para realizar los deseos porque no todos se pueden realizar.

Pero los deseos aparecen como impostergables y esto hace de la crisis, una crisis intensa. El carácter impostergable del deseo reduce el tiempo al ahorita. También se vuelve de horas, de segundos para la satisfacción del deseo.

En la crisis juvenil hay un duelo: el de dejar de ser lo que se es porque se tiene que ser otro. El duelo más importante es el de dejar de ser lo que se creía ser, pero al mismo tiempo se tiene que seguir siendo. Es el duelo de la pérdida; de lo que se fue hasta este momento; sobre todo en un aspecto: en la parte en que hay que dejar de ser dependiente. Eso es durísimo y duele mucho.

Pero se deja todo: se deja una identidad; se dejan experiencias vividas; se deja un arraigo en el tiempo y en el espacio y se tiene que aprender a ser de otra manera. Es decir, son procesos pero son vividos como crisis de identidad. La crisis juvenil es una crisis de identidad porque se tiene que dejar de ser de una forma y aprender a ser de otra forma y al mismo tiempo, preservar cosas de lo que se es.

Hay otro aspecto importante en esta crisis que es general para los jóvenes -pero que yo voy a analizar en lo específico que tiene en las mujeres- y es la desilusión. Es una desilusión que viene de varias fuentes. Una es la experiencia vivida. Ya se tiene experiencia suficiente como para contrastar la experiencia con la cultura, con la explicación del mundo.

Los jóvenes, las jóvenes, los niños y las niñas están en proceso de formación y la formación da recursos para interpretar el mundo. La desilusión proviene también de ahí, de la sabiduría de los jóvenes, de los conocimientos adquiridos. Se sabe sobre el mundo, sobre las otras personas, sobre lo que ocurre, sobre lo que no ocurre; se saben muchas cosas que no importan; se está harto de saber cosas innecesarias y se tienen muchas carencias de conocimientos.

Todo esto hace que haya una sabiduría de los jóvenes y tanta conciencia los lleva a la crisis -aunque luego se dice que los jóvenes son inconcientes. Lo que pasa es que los adultos no consideran valiosos ni los conocimientos ni la sabiduría de los jóvenes. La desilusión, el desencanto, les viene de ese confrontar con lo que ya se sabe, lo que ocurre y lo que ha ocurrido a lo largo de la vida.

Esto los hace caer en una desilusión porque les han contado que la vida es así o que es de otras formas; o sea, hay un permanente intento de idealización del mundo y en este momento la contradicción se establece porque se tienen los recursos para analizar si de veras el mundo existe así y lo que realmente se vive en el mundo.

Otro proceso interesante en este camino interno que es social, es que las y los jóvenes aun minimizados, minorizados, validan su propia visión del mundo. Aunque se asusten, aunque tengan inseguridad, dudan de la autoridad de la cultura que les ha explicado el mundo.

En las jóvenes también sucede ese fenómeno, en particular porque en este momento ya saben que no es tan sencillo obtener las cosas que se les ha dicho que iban obtener en la vida. Pero, además en la vida vivida se han dado cuenta que esta felicidad idílica no es posible. Es la conciencia de que en la vida existe el dolor, la pérdida, la carencia, el sufrimiento; o sea, que también eso forma parte del cuadro que ha vivido, pero que no estaba incluido en la explicación.

En las mujeres en concreto, a estas edades, ya hay un potencial acumulado a lo largo de toda su vida para ser sujeto, es decir, para protagonizar su vida, porque aún en las sociedades patriarcales, las mujeres de hoy tienen recursos para construir su vida en torno a sí mismas, aunque también son, social y culturalmente, obligadas a dejar de lado ese potencial.

Entonces, en las mujeres, ese es el inicio fundamental de la crisis juvenil. Es el conflicto entre el potencial acumulado que les permite protagonizar sus vidas y dejar de estar limitadas por los adultos, y el deber de dejar de lado lo propio para convertirse de lleno en mujeres adultas, en seres para los otros. Esto produce en las mujeres desencanto y frustración.

Con esto estoy afirmando que en este momento de la vida, las mujeres han acumulado un potencial de libertad enorme; que han acumulado poderes; que al vivir, aún en la opresión se han empoderado. Pero la exigencia social dominante es que -por sus modos de vida, por sus relaciones con las otras personas, por las actividades a las que son destinadas- pierdan libertad y pierdan poderes para que al momento de ser adultas vuelvan a quedar minorizadas bajo el control de otros:

en las nuevas familias, en las parejas, en las organizaciones, en las instituciones. Y todo esto ocurre cuando las mujeres se llenan de nuevas responsabilidades, nuevas actividades, nueva división del tiempo de vida. En el momento de mayor potencial para ser, se tiene que ser renunciante.

La segunda crisis de la juventud es la de la salida de la juventud. La de la entrada a la juventud era por la pérdida de cosas del pasado y la asunción de otras nuevas. Pero en las mujeres -de manera mucho más importante que en los hombres- hay una crisis fuerte en la salida de la juventud: la pérdida de la juventud. En nuestra cultura, no se considera un tránsito positivo dejar de ser joven sino que es conceptualizado como pérdida.

En el caso de las mujeres, casi todos los estados construidos, cuando dejan de ser, se conciben como pérdidas. Por ejemplo, cuando socialmente se pierde la virginidad, también se pierde la juventud y se pierde la calma. Todo esto elaborado como pérdida y como algo negativo. Se considera que se pierde pues daña a la persona.

La salida de la juventud entonces se vive como un drama y como duelo porque hay una negación y según la resistencia de cada quien, este duelo puede durar toda la vida. Enfrentamos este cambio primero con una enorme resistencia y segundo, con negación. Es la negativa a perder atributos y formas de vida asociados a la juventud. Y también porque aparece inconcientemente la cercanía de la muerte. Esto es muy dramático porque además en ese momento ya han aparecido las enfermedades, el dolor corporal, la pérdida de capacidades corporales, etc.

La salida de la juventud es anunciada en América Latina y se debe a condiciones concretas de nuestros países. Las tasas más altas de enfermedad y muerte se encuentran en la infancia. Después se sobrevive sin enfermedades graves, pero para las mujeres -a diferencia de los hombres- las enfermedades graves comienzan en la juventud. Para los hombres empiezan en la madurez.

Para las mujeres, la morbilidad y la mortalidad están ligadas a la sexualidad. No son cuentos. En México, la cuarta causa de muerte de las mujeres jóvenes es el síndrome ligado a embarazo, parto, aborto y puerperio. Es en la juventud donde aparece la enfermedad asociada a hechos de género; ligada puntualmente al cuerpo femenino.

También suceden otras cosas en la salida de la juventud: la pérdida de capacidades corporales que se tenían o que se tienen. Así como hay enfermedad, hay anquilosamiento del cuerpo; pérdida de muchas capacidades físicas pero también intelectuales. Por ejemplo, la pérdida de la capacidad de poner atención. Un estudio que se está realizando en México muestra que las mujeres se quejan de no poder concentrarse. Es la pérdida de la concentración, la pérdida de la memoria, -de hechos superfluos pero también de hechos fundamentales. No se trata solamente de deterioro corporal visible, sino también de este tipo de pérdida debida al modo de vida que se lleva.

Contradictoriamente, se entra a la siguiente edad con menores cualidades de salud corporal pero tal vez, con mayores potenciales subjetivos porque hay mucha experiencia vivida. Ya en la salida de la juventud hay mucha experiencia de vida y eso es un potencial enorme. Hay conocimientos en las mujeres -sobre todo prácticos- y también conocimientos científicos.

A la salida de la juventud en muchas mujeres -no en todas- también se presenta la elaboración sobre la propia vida. En fin, menciono estas cosas para que nos demos cuenta cómo la juventud es marcada por distintas crisis: crisis de entrada y crisis de salida y también de en medio, porque las cosas que suceden en el proceso de vida de la juventud son muy importantes. Se sufre la juventud cuando se entra en ella y se está en confusión o se idealiza mucho cuando se está en ella y también se sufre cuando se sale de ella.

Los conflictos siempre se dan debido a esa contradicción entre el deseo de crecer para poder y el deseo de no perder vida, o sea, el deseo de no envejecer. Pero nadie lo elabora así. Nadie dice, "no quiero perder vida" sino que se dice, "no quiero envejecer". Si nos diéramos cuenta de este hecho, a lo mejor podríamos disponernos a envejecer con dignidad.

Este es un conflicto interior pero también es un conflicto social porque independientemente de cómo es vivido por cada quien, la sociedad asigna identidades. Cada persona, cada relación implica identidad asignada y si los valores dominantes en la sociedad son éstos y las concepciones sobre la juventud son éstas, independientemente del esfuerzo de cada quien, será confrontada permanentemente por el mundo con esta conceptualización.

La vivencia del tiempo

La vivencia del tiempo varía en relación con el deseo de ser. La vivencia del tiempo es distinta si el deseo es. El contenido del deseo le da dimensión al tiempo. Por ejemplo, "la crisis" de ayer, era eso: un deseo de alternativa. El deseo le imprime el contenido y la duración al tiempo. Le imprime todo lo que el tiempo es.

A mayor resistencia para protagonizar mi vida, mayor pasividad y conservadurismo. Mientras más nos resistimos a ser sujetos, a ser protagonistas, mientras más nos especializamos en ser para los otros, más pasivas y más conservadoras nos hacemos. En primer lugar queremos conservar el pasado, a como dé lugar, -es el tiempo más valioso-. Y en segundo lugar, somos conservadoras de esta idea de la vida y de esta lección del mundo.

Otro principio que rige el tiempo es que a mayor repetición, mayor duración del tiempo. Cuando la vida se compone de hechos repetitivos el tiempo dura más. Cuando se hace lo mismo hoy, ayer y mañana; cuando no se descubre, cuando no hay nada nuevo, sino que todo es una repetición del pasado, entonces el tiempo se alarga enormemente.

Para los campesinos que hoy escardan y mañana también y pasado mañana también, el tiempo dura enormemente. Están esperando las aguas y luego están esperando que se quiten las aguas. O sea, este año es el mismo que el año pasado y el año que viene. No hay descubrimiento sino reiteración de actividades.

Para las mujeres llamadas "amas de casa", que a diario lavan el inodoro, es el tiempo de lavar el inodoro; y mañana es el mismo tiempo de lavar el inodoro. Es el tiempo de cuidar a los niños; es el tiempo de que se acabe el día; el tiempo de esperar para que se vaya el tiempo.

Esta vivencia del tiempo -el tiempo de la conservación- lleva a una contradicción. No se quiere dejar el tiempo pasado pero al mismo tiempo se quiere gastar el tiempo. Se derrocha la vida: "Que ya se acabe el día"; "Qué hago con todo este día". Hay quien dice, "Qué voy a hacer este sábado. ¡Qué aburrido! ¿Qué hago? Prendo la tele,

oigo el radio". En esencia no hay nada; el tiempo no tiene una protagonista. El tiempo no es protagonizado. Es el tiempo de la reiteración. Los modos de vida que repiten actividades permanentes en las que no hay descubrimiento, son tiempos así.

La salida de la juventud

Quienes saben de neurología dicen que la muerte masiva de neuronas se inicia con la salida de la juventud, de ahí la enorme valoración del estado juvenil y por eso no se quiere perder. Por eso existen los mitos occidentales sobre la eterna juventud. Pero no existe el mito de la eterna juventud de las mujeres. Lo que hay es esa fantasía sobre las mujeres jóvenes indistintas.

Se halaga a alguien diciéndole, "¡Qué joven te ves!", como si fuera muy importante mantenerse joven. Hay quien dice que no ha envejecido y dice que es eternamente joven porque es joven de espíritu. Todas estas cosas son expresión de esta negación a la pérdida de la juventud.

En las mujeres, el drama de la pérdida de la juventud es doble porque la juventud -esto es muy importante- se convierte en un atributo de género. La juventud es un estado transitorio en la vida, pero para las mujeres es un atributo de género. Es un atributo de la condición de la mujer. Además de que es un estado, se vuelve una cualidad genérica. El deber ser mujer, es deber ser mujer joven. Ese es el deber normativo de la condición de la mujer.

La juventud es una de las posibilidades que tienen las mujeres para ser valoradas, aprobadas, reconocidas y por lo tanto, es una característica estereotipada válida para todas. Esto no es casual. La mayor parte de los deberes asignados a las mujeres en el mundo patriarcal se realizan en la juventud. Es el periodo de mayor realización de la condición de la mujer: es la edad de la conyugalidad; es la edad de la maternidad; es la edad de establecer el mundo propio; fundar familia, trabajar, adquirir bienes, status propio y prestigio. Todos estos son poderes. Es la edad de los poderes femeninos. Por eso la salida de la juventud es crítica para las mujeres porque socialmente hay desvalorización económica; hay pérdida de posibilidades de vida, de trabajo, de estudio. Incluso, para las que no lo lograron antes, hay mucha dificultad para conyugalizar.

La maternidad después de la juventud, además de todo, se vuelve más peligrosa. O sea, no es arbitrario que se sobrevalore la juventud de las mujeres. Ocurren demasiadas cosas en este periodo de la vida. Pero lo importante es que además de que ocurren, la valoración social es decreciente. Cada día que pasa después de la juventud se desvaloriza a las mujeres.

Otra consideración sobre las implicaciones culturales, ideológicas, es que dejar de ser joven se interpreta como una ineficiencia de cada una. ¡Cómo dejó de ser joven! ¡Cómo no fue capaz de seguir siendo joven! Como si fuera un hecho voluntario, como si fuera algo que se resuelve con disposición y con cosas que tienen que ver con la voluntad.

Es por eso que las mujeres no tenemos una explicación social e histórica para lo que nos ocurre. La explicación que se nos da es la misma de siempre: lo que nos pasa es un problema de nosotras mismas. Si salimos bien, pues salimos bien; pero si no salimos bien -y casi nadie sale bien librada de esto- fue que nos equivocamos. La pérdida de la juventud es culpabilizada. Ya no sólo es un equívoco salir de la juventud, una mala solución vital, sino que se culpabiliza a la mujer que deja de ser joven.

Esa culpa es internalizada y es individual y personal. Hay una culpa interna por dejar de ser joven. Pero esa culpa cuenta con nuestra complicidad cada vez que nos negamos a madurar. La crisis de culpabilización interna por la pérdida de la juventud -que es la más dura- se contruye durante toda la vida •

**LA SUBVERSIÓN
Y LA TRANSGRESIÓN**



Puede haber muchas crisis -he mencionado las más importantes, aunque lo peor es cuando no hay crisis. Hay que aprender a enfrentar la crisis y con esto enriquecernos. De cualquier manera, de maneras acertadas o de maneras dañinas para cada una, todas las jóvenes enfrentan las crisis de la juventud -las de entrada, las de salida, las de todos los días-. El hecho es que en términos generales, tenemos una ideología de la subversión y es la creencia de que subvertir es enfrentar la crisis. Es una creencia mágica de que sólo con subvertir se enfrenta la crisis y que ésta es una manera además positiva de hacerlo.

Esta creencia está apuntalada sobre todo en el deber. El problema es vivido como una lucha contra la obediencia. Entonces creemos que cumplir normas es obedecer y que no cumplir normas nos llevará a enfrentar el dominio de otros. La canción de Gloria Trevi, del pelo suelto, dice: "Si me dices blanco, digo negro". Y lo dice con un orgullo de rebelión enorme. No sólo es esa canción, es toda una ideología en torno a oponerse a la norma, oponerse a lo que el otro dice como algo subversivo y positivo por sí misma.

Y el éxito -no sólo de esta cantante, que además debe tener otras cualidades magníficas- es el éxito de una ideología que permite elaborar la rabia y con ello nos da el control. Lleva entonces a la creencia de que el oponernos, automáticamente es libertad.

La subversión o los fenómenos de subversión -con todo lo importante que pueden ser- se basan en el principio de contracultura. Quiere decir que se está, antes que nada, en contra de algo pero lo que no queda muy claro es a favor de qué se está.

De hecho, el problema se presenta y vivimos una enorme confusión entre obedecer a toda costa y rebelarnos permanentemente. Hay mujeres que obedecemos y obedecemos a todo, y cualquier transgresión de la norma nos da mucho miedo. Cualquier transgresión a la opinión de los otros, cualquier duda, cualquier incumplimiento del orden, lo vivimos con miedo y entonces obedecemos. Una importante cantidad de mujeres hacemos eso. Otras, en cambio, nos rebelamos para resolver esta contradicción entre cumplimiento del deber y deseo de libertad.

Sin embargo, me parece que el problema no sólo está ahí. La mayor parte de las veces nos rebelamos ante hechos con rebeliones muy formales. Nos enfrentamos a cosas sobre todo formales, pero no a hechos más profundos que originan los hechos con los que no estamos de acuerdo.

En ocasiones nos transformamos en anti-autoritarias. En nuestra lucha contra el dominio, nos hacemos anti-autoritarias pero de inmediato también, nos transformamos en anti-autoridad y asumimos una serie de procesos del mismo signo. Por ejemplo, estamos en contra de normas disciplinarias, entonces nos transformamos en anti-disciplinarias; de tal manera, que creemos que la libertad está en no tener normas, en no tener autoridad, no tener disciplina, en no tener responsabilidad o en oponernos a lo que sea, o a los que sean por un principio de conducta. Es la oposición por la oposición.

Me parece que este tipo de expresiones políticas de enfrentamiento del dominio han sido importantísimas, tanto en las vidas de las personas mismas como en fenómenos sociales de rebelión. Efectivamente pueden llevar a la rebelión, pero es difícil que este tipo de experiencias políticas conduzcan a construir alternativas propias. También es una evidencia histórica que cuando los procesos políticos de rebelión han dejado de ser contraculturales, han podido construir culturas fuertes.

La pregunta individual o colectiva puede ser más bien elaborada en otro sentido, ¿con qué normas se está de acuerdo, con qué normas no se está de acuerdo?, ¿con qué ideas? ¿con cuáles se concuerda en parte, con cuáles no se concuerda?, ¿con qué actividades, con qué relaciones, con qué sentido de la vida?

Tenemos una visión del mundo muy cerrada que estructura la realidad como si sólo hubiera dos planos. Como si estar de acuerdo implicara no estar

de acuerdo. Nos manejamos con esta polaridad de contradicciones y eso nos daña profundamente y nos lleva a asumir posiciones muy totalizantes en la vida vivida y no sólo en las creencias y en las concepciones sobre las cosas.

Desde el punto de vista de las crisis de género o juveniles y de cualquier otro tipo, lo importante es reconocer que existen las normas y definir cuál es la relación de cada quien con las normas. También darnos cuenta que es posible construir normas individuales y colectivas. Que no se trata nada más de desestructurar sino también de estructurar algo.

En relación con la autoridad, en general nuestros conflictos se expresan muchas veces contra la autoridad institucional o contra la autoridad de personas que existen en nuestras vidas. Tal vez la pregunta sería ¿cómo ser la autoridad propia? O sea, ¿cómo dejar de estar sometidas a autoridades externas?

En torno a la disciplina -que incluye las normas- más bien deberíamos tener la capacidad de elaborar la propia disciplina. También, pensar que las cosas que nos ocurren no se deben a una sola causa, sino que hay que buscar las causas de cada hecho de la vida para enfrentarlas en su dimensión propia.

A veces pensamos que si cambiamos de persona, cambia la vida; que si cambiamos de lugares, cambia la vida. O sea, ponemos en las personas, en los lugares, la causa de lo que nos pasa; lo hacemos de manera muy unilateral. Si queremos cambiar, eliminamos personas, lugares y en el extremos, hasta nos vamos. El mundo es el que está mal y yo me voy del mundo.

No se trata de irse, se trata de construir la independencia. Se trata de ser independiente y esto no es muy sencillo, porque las mujeres estamos estructuradas para no ser independientes. Pero tenemos muchos recursos, sobre todo en la juventud, que pueden permitirnos construir la independencia.

Los límites

Los límites son un aspecto muy importante porque para poder modificar cualquier cosa de éstas que he mencionado, y para poder constituirse en la propia autoridad, hay que construir límites personales y colectivos.

En las jóvenes, por ejemplo, por su condición juvenil, por su pasado infantil y por su género mujer, hay mucha dificultad para definir los límites, porque han sido construidas ilimitadas. Las madres, tan cercanas a las hijas, las invaden permanentemente. Los otros -quienes sean- consideran que la invasión es posible.

El primer límite posible sería el límite territorial. Construirse un espacio propio, un sitio propio. En América Latina esto es muy difícil para la mayor parte de las mujeres, que viven en cuartos redondos -si es que hay cuartos- y que comparten un espacio único con todo el mundo, y entonces se cree que así ha sido y así debe ser. Pero es posible, aún en esas condiciones, construir un territorio propio y un espacio limitado.

Se puede tener un espacio propio; se pueden tener pertenencias propias. Este espacio puede limitarse a las cartas -no sé si acá se use el escribir-. Algún espacio tenemos que identificar como un espacio propio: el espacio de las propias pertenencias, el de las propia indumentaria, el de la habitación. Algún espacio tiene que ser propio y hay que construirlo.

Hay que construir algo que muchas veces no tenemos y es el espacio de la intimidad con las otras personas y con nosotras mismas. Las mujeres necesitamos comunicar las experiencias porque estamos educadas para la confesión. En la juventud es impresionante ver como no hay límites en la experiencia. La experiencia tiene que ser comunicada siempre. Antes de que un hecho ocurra ya hay que confesarlo. No tenemos intimidad y hay que construir la intimidad.

Tenemos la cultura de confesar la vida, sobre todo los amores. Tenemos la cultura de confesarnos con los padres, con las madres; de creer que no tenemos derecho a la intimidad y al secreto.

Hay que construir el secreto para preservarnos, para contenernos, para no andar dispersas en todos allá afuera.

Esos son límites importantes. Tener derecho a guardar la propia vida. Hay que guardarla. No tiene que ser enunciada a cada momento ante nadie, ni ante las amigas, ni ante los padres, las madres, ni ante los hermanos, ni ante los novios, ni ante los visitantes nocturnos dominicales; ante nadie.

Entre los jóvenes son comunes los juegos ritualizados de confesión, que además se caracterizan por ser juegos sexuales; esos juegos de prendas en que cada quien acaba confesando su secreto más íntimo es sólo un ejemplo.

Antes de hacer algo, ya tiene que ser relatado, sería interesante que las jóvenes pudieran contener su experiencia para que puedan elaborarla, para que puedan digerirla, para que puedan pensar de una manera y al rato de otra, sentir de una manera y luego de otra, y no quedar amarradas con una sola versión de sí mismas y de lo que les ha acontecido. Sobre todo para no dar cuentas a nadie. Esto es una primera posibilidad que no implica quitarle nada a nadie. Simplemente implica un fenómeno de recuperación. Recuperar el yo para mí misma. Reconstruirme, expropiando a los otros mi "yo".

En los partidos políticos -por lo menos en México es así- los asuntos personales se discuten en asamblea. En las organizaciones juveniles o viejeriles, en las que sea, todo mundo se siente con el deseo de intervenir en la vida privada de las personas, y las mujeres acostumbradas ya a la confesión permanente, pues de inmediato nos sentimos obligadas a confesar cosas y a que otros intervengan y decidan con quién nos acostamos, con quién nos levantamos, con quién salimos, a quién vemos, o sea, una cantidad de intervenciones terribles.

Para evitar la vida intervenida lo importante es la auto-construcción de límites. Aquí se requerirían ladrillos, muchas bolsas de cemento, alambres de púas -electrificados si es posible- sobre todo para contenernos. Se requeriría la posibilidad de cerrar la puerta. Una mano que cierra una puerta construye la intimidad. Las madres jóvenes con sus hijos y sus hijas; las jovencitas con sus madres y con sus hermanos. Cada quien tiene que tener su espacio, su intimidad.

También hay que construir los límites a los otros. Ponerle límites a su capacidad de decidir sobre nuestra vida, en lo que hacemos, en lo que pensamos, en cómo vivimos. Pero eso implica enfrentar la dependencia. No se puede nada más tomar decisiones de que no nos hagan o no nos obliguen. Requiere que no seamos dependientes de quienes toman decisiones sobre nuestra vida.

La búsqueda debe ser no ser dependientes, sobre todo económicamente. En América Latina es imposible para la mayor parte de las personas sobrevivir con el salario propio -si es que se tiene salario. Eso quiere decir que a veces una persona con deseos de trabajar carga con 6-7 personas; entonces no se puede plantear la independencia económica total de nadie. Lo que se requiere es plantear la capacidad de generar recursos económicos propios y si no alcanzan, asociarse con otras personas. Esto es muy distinto que depender; muy diferente. Se pueden asociar padres e hijos, madres e hijos, hijas, hermanos.

Se requiere que cada quien sea capaz de generar recursos económicos. Y quien no pueda, tendrá que asociarse con el de enfrente para generar recursos económicos socialmente. Por ejemplo, moverse para construir un sistema de becas. Primero se resuelve en lo íntimo y en lo privado con la familia, luego se resuelve social y colectivamente en lo público.

Son pequeños ejemplos, la idea es que hay que salir de las dependencias “naturales”, consideradas obligación de alguien porque sí y pasar a hacerse cargo -en la parte que se pueda- de las necesidades propias y colectivas.

Se requiere también resolver la dependencia afectiva. Esta dependencia que subordina, que impide desarrollar la independencia social. Se requiere establecer solamente relaciones de interdependencia. Ser interdependiente es muy diferente que ser dependiente. Para poder construir realmente, para poder tener control e intervención sobre la propia vida, hay que enfrentar la dependencia.

Madurar, la transgresión vital

¿Cuál es el meollo de la relación entre la obediencia y la rebelión?. Me parece que el meollo está en salir de la subversión y pasar a la transgresión. Subvertir quiere decir solamente poner las cosas al revés. En cambio, transgredir quiere decir modificar.

Desde el punto de vista de las conquistas de las mujeres jóvenes, me parece que la máxima transgresión es madurar. Madurar como objetivo de vida. Esa es una transgresión porque atenta contra el principio de la dependencia femenina. Construye la posibilidad de protagonizar la propia vida.

Madurar sería, desde una perspectiva de la condición femenina y de la condición juvenil, dejar de ser menores y dependientes. Madurar entendido como desarrollo, como crecimiento, pero también por ser mujeres, dejar de ser para los otros. Fortalecer la autoidentidad como ente separado, diferenciado. Ponerse cada quien en el centro de su propia vida como protagonistas y como objetivo de la vida práctica, no sólo en lo ideológico. A muchas de nosotras nos pasa que podemos compartir toda esta ideología y además la decimos. Estamos de acuerdo con que somos de este modo o de este otro, pero en la práctica, en la experiencia vivida, no es tan sencillo hacer todo esto. Es muy complicado y no depende sólo de cada quien.

En las relaciones sociales hay una relación que debemos enfrentar para poder madurar como mujeres y es la relación con la madre. Todas deberíamos de tener la posibilidad de ser enseñadas para enfrentarla. Deberíamos poder compartir experiencias y entender que madurar para nosotras pasa por enfrentar esta relación.

Simone de Beauvoir escribió magistralmente este proceso. Es interesante cómo a lo largo de la agonía de su madre, logra enfrentar su propio proceso de vida. Logra dirimir lo que implica para ella ser mujer en este mundo y además resolver una enorme contrariedad que siempre tuvo con su madre. Tenía dolores, tenía rabia, tenía cosas ahí guardadas de toda su vida. El libro se llama "Una muerte muy dulce" porque ella logró enfrentar conflictos de su vida que no pudo comprender antes, pero además porque logró amar a su madre y aceptarse a sí misma en ese momento. Yo lo recomiendo para cualquier sesión de trabajo de grupo. Me parece muy interesante hacer el recorrido con ella y mirar también lo que nos acontece a cada una.

¿Qué es lo que tendríamos que entender en la relación con la madre? Que la vida de la madre es su propia vida. Es otra vida. Por nuestra percepción de lo que ha sido nuestra madre, de lo que fue o de lo que es ahora, nos sentimos obligadas -inconscientemente a ser

o no ser de ciertas maneras, a hacer o no hacer. Son definiciones personales que hacemos por cumplimiento o por oposición a la madre.

Hay quienes vivimos en la obediencia a la madre. Hay quienes vivimos vengando a la madre porque le hicieron daño o porque le hicimos daño. Hay quienes vivimos tratando de satisfacer sus deseos, sus normas y su mundo. Hay quienes al revés, nos definimos por oposición. Somos exactamente lo contrario -no por decisión sino por oposición.

En ese sentido sería preciso no actuarle a la madre; no hacer de nosotras una vida en actuación. Ni somos idénticas, ni somos absolutamente diferentes. Podríamos decir que somos diferentes- semejantes, pero construir eso implica darse cuenta de quien es quien y poner límites entre unas y otras. Igual con el padre. Igual con lo que nos han dicho que debe ser la vida, que deben ser los hombres, que debemos ser nosotras.

Entonces, en ese sentido es preciso construir la propia identidad con los límites concretos de las propias creencias, los propios juicios, las propias actitudes, las propias decisiones. En ese sentido es necesario construir la propia identidad separada y autónoma. Construirnos, como dice Agnes Heller, como mujeres particulares y semejantes a otras mujeres.

Ser independientes no quiere decir vivir solas, ni quiere decir enemistarse con nadie ni romper los lazos con todo el mundo. Ser independientes implica poder auto-reproducir la vida. Es posible ser independientes en un grupo, ser independientes en las parejas, ser independientes en las familias, ser independientes en los grupos de trabajo. La autonomía no significa ruptura con el mundo pero esto es lo que más angustia da.

Es difícil y complicado construir esa autonomía porque aunque construyamos la autonomía somos convocadas para ser dependientes. Tenemos que aprender a defendernos del llamado a la dependencia, al paternalismo y al maternalismo.

Muchas mujeres, que son muy independientes en muchas cosas, desarrollan la fantasía de volver a ser dependientes porque cuesta mucho trabajo hacerse cargo de la propia vida; cuesta mucho trabajo estar

poniendo límites cada una a sí misma y a los demás y, además, porque todo llama a ser dependientes.

Hay una tendencia interna y externa a depositarnos en alguien, a que alguien se haga cargo de nosotras, el caso es que queremos que nos salven. Cantidad de mujeres con muchos recursos para vivir, con capacidad de independencia, se quejan del enorme esfuerzo que esto significa. Se quejan del enorme trabajo que es trabajar, moverse, estudiar. Es la queja reiterada de las mujeres, aunque estemos dispuestas a hacerlo, nos cuesta mucho trabajo, muchas energías vitales.

En las jóvenes los deseos son contradictorios y exaltados. Al mismo tiempo se dan los deseos de ser independientes y de ser dependientes; deseos de no ser invadidas con deseos de ser totalmente abiertas a los demás. Hay un desgaste muy importante de energías vitales por estar conteniendo los límites entre ambas tendencias vitales.

Para construir estos límites y para enfrentar estas tendencias es muy importante hacer el inventario de los recursos propios. Lograr en primer lugar la valoración propia. Aprender a mirarnos en otras mujeres, a oír a otras mujeres, aprender de su experiencia. No pensar que a mí no me va a pasar. Este es un pensamiento mágico importante porque es el conjuro a todo lo que vemos en el mundo. Nos defendemos pensando que tenemos posibilidades -no sabemos cuáles- de que a nosotras no nos va a suceder eso. Pero es mágico porque no hemos hecho un inventario de los recursos reales que tenemos. No sabemos si de veras estamos vacunadas para enfrentar estas cosas. Y también es importante, sobre todo en las mujeres jóvenes, hacer conciencia de la propia condición.

Otra parte de este proceso es construir la cohesión vital, la integridad interior de cada una. La cohesión y la congruencia entre nuestras concepciones del mundo y nuestros haceres en el mundo. Todos estos son procesos y son muy contradictorios, pero planteamos la necesidad de ajustar cada vez más los valores y las creencias que tenemos, las interpretaciones que hacemos de las cosas y lo que hacemos. A nivel individual es lograr, o proponernos lograr la construcción del deseo: quiero, puedo, hago. Es decir, ir construyendo una coherencia filosófica y práctica en la vida de cada quien y en la vida colectiva.

La sexualidad, el cuerpo, la maternidad

Además del trabajo y la generación de recursos para lograr la independencia, también la sexualidad constituye un aspecto central de esta coherencia. Si no se ha hecho en el pasado, debemos construir la autogestión sobre la sexualidad. Esto es un principio de la democracia: la posibilidad de decidir sobre la propia sexualidad. Puede ser que no se haya hecho antes, pero es necesario para construirnos como mujeres que no estamos ilimitadas; es necesario como personas autónomas.

En la sexualidad tenemos que enfrentar la creencia de que el cuerpo es mágico. Millones de incidentes en la sexualidad de las mujeres tienen que ver con la aplicación del principio: "a mí no me va a pasar". Incidentes de cualquier tipo -embarazos, violaciones- como si yo fuera intocable. Tenemos que hacer conciencia de que el cuerpo no es mágico. El cuerpo tiene sus formas de funcionamiento y debemos conocerlas. No podemos vivir ignorando al cuerpo y sobrevalorándolo como objeto.

En este sentido, insisto, que si ya se hizo ¡qué bueno!; y si no, hay que hacerlo. El cuerpo no le pertenece a nadie. No le pertenece a otras personas, ni a seres sobrenaturales, ni a las instituciones. El cuerpo es mío. Mi cuerpo es mío. Es mi dimensión de vida.

Hay que negarse a ser cuerpo-objeto y ser cuerpo-objeto también se expresa en cuestiones como pensar que se tiene un niño en la panza cuando se está embarazada. Al pensar que hay una persona dentro de mí, yo me vuelvo cáscara, me vuelvo objeto. Entonces tengo que tener conocimientos para saber que eso que anda por ahí es un feto. No es una persona. No es niño ni es niña. No se llama. No es. La que soy, soy yo. A mi cuerpo le pasa un embarazo; a mí me pasa un embarazo. No es que vaya cargando un niño o una niña que un día va a nacer. Este es un ejemplo de cómo los elementos del conocimiento permiten modificar concepciones que están ahí y asumir que somos personas, que somos particulares, protagonistas de nuestra vida.

Resistirse a ser cuerpo objeto significa también resistirse al abandono del cuerpo, al desprecio del cuerpo, al daño corporal. A no usar el cuerpo como dádiva ni como ofrenda, ni como la dimensión del ser privilegiada para ser evaluada; más bien asumir el cuerpo como el ámbito del ser, de la percepción del mundo.

Toda sexualidad puede ser transformada en otra cosa y no en el eje estructural de la vida de las mujeres. Dejar de ser una sexualidad siempre funcional a otro, y siempre vivida como el espacio en que los otros son y en el que las mujeres somos cosificadas.

La maternidad es otro eje fundamental de la vida de las mujeres. La maternidad también puede dejar de ser mágica, dejar de ser natural. Puede convertirse en optativa, ser una opción. Se puede decidir si la maternidad constituye o no la vida de cada quien. Hay que tener los recursos para eso y si no se tienen, hay que crearlos, hay que socializar.

Hay una tendencia mundial a tratar de bajar las tasas de natalidad. Yo sé que aquí hay gran cantidad de mujeres que tienen muchos hijos y trabajan, han estudiado, han sido jefas, han hecho muchas cosas y han sido madres y son, además, prolíficas. Pero es importante saber que es posible regular esta maternidad y que puede ser desarrollada en las mejores condiciones relativas a cada quien.

Para las jóvenes es importante saber que pueden decidir cuándo es conviene tener hijos. Los hijos no siempre son convenientes. Se puede decidir si queremos o no hijos y la decisión en torno a los hijos es una de las decisiones políticas más importantes que podemos hacer las mujeres. Pero, además, los hijos pueden ser pensados de otra manera. Pueden ser pensados y deseados por sí mismos. Esto también sería una revolución cultural. Y la maternidad puede ser decidida y deseada por sí misma, por lo que significa para mi vida. La maternidad puede convertirse en un derecho de las mujeres y no una obligación mítica e idealizada.

Los hijos por sí mismos no son para establecer vínculos. Los hijos por sí mismos no son para juntar a otros. Los hijos por sí mismos no son la continuación de otras personas: de los amados o de las que estamos enchufadas. No son eso. Los hijos tampoco son para realizar mi futuro. Los hijos no son para acompañarme en la vida. No son un seguro social para la vejez.

Esto significa reformar el sistema socioeconómico en el cual vivimos en el que los hijos son seguro social, son "generación de relevo", son futuro, son la prolongación de alguien. En suma, un sistema donde los hijos no son. En una nueva maternidad, en una maternidad distinta

de mujeres para sí mismas, los hijos son personas autónomas cuya vida es para ellos.

Las hijas no son lo que he señalado ni tampoco son las acompañantes de sus madres. Sobre ese tema recomiendo la novela de Laura Esquivel, "Como agua para chocolate", cuyas personajes principales son una madre y una hija. La madre escoge a esa hija para que la cuide toda su vida y la construye como su cuidadora.

Las hijas no son para que nos carguen en la vejez. Las hijas no son nuestras sirvientas; y las que tengan hijas chiquitas, no les pidan el vaso de agua que está allí. Las hijas no son madres chiquitas. Las hijas son mujeres-niñas, están creciendo. Están ocupadísimas en crecer y no están para traernos cosas, no están para servir a las madres.

Los hijos tampoco son la realización del fantasma; los hijos son para sí mismos. Tendrán que tener o no, según sus propias opciones y por otro lado, sus cónyugas o sus cónyuges.

La maternidad como opción y la maternidad que no destruye, requiere de condiciones importantes. Efectivamente hay que cuidar, efectivamente hay que resolver necesidades, pero éstas pueden ser resueltas colectivamente. Alejandra Kolontay planteó la posibilidad de construir maternidades sociales, es decir, que la sociedad en su conjunto se hiciera cargo de los menores. Pero si no estamos en esa línea, pues por lo menos crear lo que Martha Moia llama "los ginecogrupos". Eso sí se puede. Nada más hay que convencer a dos o tres. O sea, pasar del aislamiento individualista que privatiza la maternidad y el cuidado -la crianza sobre todo- a la posibilidad de asociarnos con otras mujeres semejantes para realizar la crianza alternándonos, compartiendo las actividades y la carga que eso significa, pero también la experiencia.

Pero mejor todavía, según las circunstancias de cada quien, hacer grupos mixtos de crianza, donde hayan hombres y mujeres criando comunitariamente. Las comunidades pueden hacerse entre amigas, amigos, parientas o parientes, con compañeros y compañeras de trabajo, con organizaciones.

Asumir, por lo menos con quienes estemos de acuerdo, que no es posible individualizar la crianza. No sólo no es posible, sino que además

es dañino e impide -en el caso de las jóvenes- su desarrollo. Es necesario crear esas redes de relaciones sociales para que las jóvenes tengan tiempo para hacer otras cosas, además de criar. Porque tampoco se trata de abandonar a los hijos. Hay millones de niños abandonados en las calles de América Latina. No se trata, como muchos quieren creer, que quienes nos oponemos a la maternidad compulsiva, estamos a favor del abandono de los niños. Esos dicen: son unas brujas que quieren abandonar a los niños. No. Queremos hacernos cargo en las mejores condiciones de ellos y de nosotras y de los hombres también.

Es importante hacer un esfuerzo grande por lograr incorporar la crianza a la paternidad: en lo social, en lo jurídico, en la vida personal y en la vida cotidiana. Combatir la idea de que la crianza es femenina y poner en práctica que la crianza es asunto de todas y de todos.

Con esto podríamos hacer una revolución social. Hacer todo esto implica cambiar el mundo. Implica transformar el criterio de propiedad de las personas, dejar de pensar que nuestros hijos son sólo asunto nuestro y poder pensar que las criaturas son asunto de todos y de todas.

La construcción de la independencia

En la relación con los adultos y con las adultas, -más que las subversiones a sus normas, a sus intereses- me parece que es importante construir la independencia en relación a ellos. Es importante tener la capacidad de aprender de los adultos, pero también es importante que los adultos comprendan que pueden aprender de los y las jóvenes.

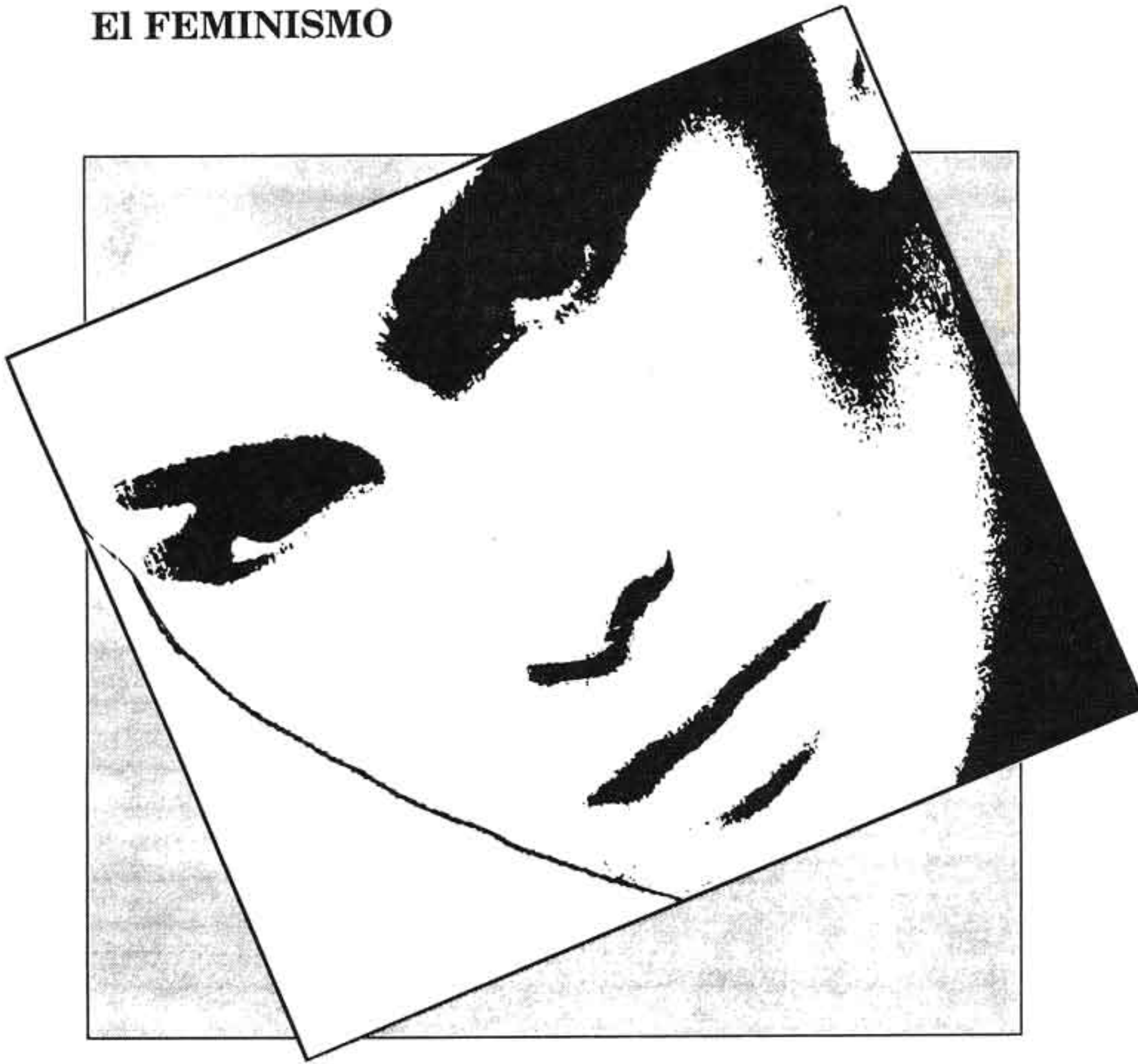
En relación con los hombres -para las mujeres jóvenes- tampoco se trata de verlos como los malditos, diabólicos y satánicos. Los hombres existen, afortunadamente. Y los hombres forman parte importante de nuestras vidas. También sería importante pensar que los hombres son algo más que las fantasías que tenemos de ellos, y luego atrevernos a descubrirlos y a redefinir el lugar que ocupan en nuestras vidas.

No es posible que las vidas de las mujeres estén centradas en las vidas de los hombres. No es posible. Los hombres acumulan una cantidad de energía social enorme -la suya propia y la del ejército de mujeres que tienen alrededor cuidándolos, pensando en ellos, dejando de pensar, amándolos, odiándolos, dándoles. No es posible. Si quitáramos un poquito

de esa energía vital y la destináramos a ocuparnos de nuestra vida, a lo mejor, tal vez, incluso las relaciones con los hombres serían mucho más relajadas. Por lo pronto dejarían de tener los enormes poderes que tienen sobre nosotras.

Plantear este tipo de modificaciones a la vida no está en la línea del sexismo. No es una visión al revés. No se está planteando la exclusión, la segregación, la discriminación de los hombres. Es exactamente lo contrario. Lo que se está planteando es la valoración real de los hombres y modificar las relaciones de subordinación y dependencia que tenemos con ellos •

EL FEMINISMO



En el camino de la construcción de identidades fortalecidas para las mujeres, hay algo importante, y es poder apropiarnos de esa tradición cultural que es la tradición feminista. Hacer todos estos cambios -que muchas veces queremos hacer y a veces no podemos hacer-, es mucho más complicado hacerlos en aislamiento y sin explicaciones, sin conocimientos suficientes y sin recursos para comprender qué nos pasa. Por eso, un recurso importante para este tipo de procesos, es disponernos a asimilar la tradición feminista.

Pero sucede que en la mayor parte de nuestros países -como parte de las ideologías dominantes- hay un acentuado anti-feminismo. Y nosotras, todas, hemos ido adquiriendo valores de estas tradiciones y casi todas nosotras somos anti-feministas o nos creemos anti-feministas, o asumimos juicios anti-feministas, o nos consideramos ajenas al feminismo o nos parece que el feminismo no está bien. Tenemos entonces, que considerar que existe esta visión que negativiza al feminismo y que es una visión dominante en la sociedad.

Pero también es posible identificar que -con todo y esta visión negativa- el feminismo tiene su influencia y que hay ciertos ámbitos en que ya no se puede ir contra la corriente y que hay aceptación de ciertos planteamientos feministas.

No importa tanto si estamos en un ambiente anti-feminista o en un ambiente que esté influenciado por el feminismo, lo que es importante para cada una de nosotras es darnos cuenta hasta dónde mantenemos prejuicios anti-feministas; y también que nos demos cuenta, que las mujeres -todas las mujeres- hemos sido anteceditas por otras mujeres que han enfrentado estos problemas y muchos otros,

y que también han pensado el mundo y lo han tratado de explicar. Que han enfrentado la transformación de sus propias sociedades pero que, sobre todo en su propia vida, han experimentado y han vivido muchas cosas semejantes a las nuestras. Han encontrado alternativas. Se han equivocado y han vuelto empezar.

Esa es, en parte, la tradición de mujeres que se dispusieron a modificar las condiciones opresivas en sí mismas y en el mundo, pero que también se dispusieron a vivir de otra manera. No a trasladar sus deseos al mundo y al futuro, sino también a cambiar sus propias vidas en su momento.

El feminismo puede ser un recurso importantísimo de referencia, de identidad. Puede ser un recurso de construcción de la autoidentidad; puede ser también un recurso de autoestima de género; y, además, puede posibilitar también la identificación entre las mujeres.

No hacernos cargo de que existe la tradición feminista es derrochar experiencias y recursos que tenemos. Existe por lo menos siglo y medio de luchas organizadas de las mujeres con la intención de desmontar el patriarcado. A eso le llamamos feminismo. Luchas de muchas maneras, luchas por lograr cambios económicos, jurídicos; por lograr el reconocimiento de las mujeres, la valoración de los hechos de las mujeres; por eliminar la inferiorización de las mujeres, la subordinación; por eliminar todos estos hechos que constituyen la opresión de las mujeres.

Muchas luchas feministas en el mundo han estado asociadas a la democratización más amplia de sociedades complejas. Es decir, no solamente a lograr cambios en beneficio de las mujeres, sino a lograr cambios en beneficio de toda la sociedad porque lo que se han propuesto implica cambios en el conjunto de la sociedad.

Existe hoy día un enorme desarrollo de conocimientos cuya fuente ha sido el feminismo. Hay historia feminista, antropología feminista, derecho feminista. Medicina que incorpora teorías feministas para la salud, etc. O sea, que en los niveles de elaboración intelectual y académica, existe ya un saber que permite encontrar explicaciones diversas -no únicas ni uniformes- a lo que nos ocurre a las mujeres, a lo que pasa en las sociedades con la organización de género.

Pero además, han existido luchas y movilizaciones de mujeres que se han concretado en cambios de los cuales nosotras somos beneficiarias. Nosotras hemos podido ir a la escuela porque hubo transformaciones sociales que implicaron la inclusión de las mujeres en la educación. Nosotras somos beneficiarias de batallas enormes de mujeres y hombres que lucharon porque las mujeres tuvieran acceso a ese saber sistematizado que se adquiere en la escuela.

La pedagogía feminista

Muchísimas cosas que nosotras tenemos incorporadas en la vida como obvias fueron logradas por quienes se atrevieron. Y la tradición feminista es una tradición de osadía de la que, tal vez, podamos aprender muchas cosas. Por lo pronto, podríamos diseñar una pedagogía entre mujeres. Es parte de esa tradición feminista. Es una pedagogía para la libertad y para la consolidación de cada una y de todas.

Pero además del anti-feminismo muy machista que existe -que se mira en nuestras casas, en nuestras familias, en nuestras amistades, en nuestras escuelas- como mujeres y como generaciones diferentes, tenemos otro problema que es cómo pasarnos unas a otras este saber. Cómo invitar a otras a incorporarse a este conocimiento, a esta forma de ver la vida y de vivirla.

Sabemos muy bien cómo pasar otras cosas a la generación siguiente pero, cómo pasar la transgresión es muy complicado. Primero, porque entre las mujeres se da un fenómeno de desidentificación por edades. O sea, las jóvenes no se identifican con las mujeres adultas y las adultas no nos identificamos con las mujeres jóvenes. Las jóvenes no se identifican con las niñas, las niñas no se identifican con las viejas. Las viejas no se identifican con las de enmedio. Todas las separaciones de edad se vuelven obstáculos de identificación y a veces llegan a ser muy poderosos, tan grandes que por generaciones creemos que no tenemos casi nada en común con las otras.

En segundo lugar, hay otro aspecto importante de desidentificación que también es generacional, y es que lo que viene del grupo de edad anterior o posterior es en muchos casos, negativizado. Si viene del grupo anterior -como ocurriría si se tratara de mujeres adultas tratando de convocar a mujeres jóvenes- entonces, por la estructura política generacional, se convierte la convocatoria en un mandato.

Pero si es al revés, si son jóvenes las que tratan de convocar a mujeres adultas o viejas, son descalificadas como si su saber no tuviera validez.

En cualquier sentido, lo que interesa tratar aquí como problema es la dificultad de comunicar descubrimientos entre las mujeres; sobre todo cuando son descubrimientos de otras mujeres. A lo mejor si nos transmitimos descubrimientos de hombres, los aceptamos mucho más.

Por ejemplo, muchas más mujeres en la filosofía transmiten el saber que produjo Sartre, que el saber que produjo Simone de Beauvoir, porque en el terreno académico hay mayor aceptación y reconocimiento de la filosofía que produjo el hombre que de lo que produjo la mujer. Pero en el terreno de las relaciones directas, la cosa se complica más todavía porque las mujeres que se relacionan entre sí, que pertenecen a grupos generacionales distintos, tienen como mandato reproducir esa diferenciación que separa y antagoniza a unas con las otras.

Las jóvenes ven a las adultas como pares de la generación de sus madres, o de sus abuelitas, y así las oyen y las asocian. Si son rebeldes, se rebelan al mandato materno y entonces se oponen. Pero además, si la convocatoria es a la osadía, si la convocatoria es a crecer y a hacerse cargo de sí mismas, entonces pueden recibir un doble rechazo: un rechazo ideologizado, anti-feminista y un rechazo de defensa de las condiciones de vida.

Entonces, cuando lo que está en el centro de la propuesta es construir la autonomía en la vida de cada una, puede ser recibida como una agresión. Más todavía. Si se pone sobreaviso de los peligros patriarcales a otras mujeres, es posible que reaccionen incrementando sus propios miedos y bloqueando escuchar este aviso o esta llamada de atención sobre los peligros que pueden existir. Muchas jóvenes reaccionan con enorme omnipotencia -según el principio mágico de a mí no me pasa esto, o yo no estoy en esas condiciones, y lo que se produce de inmediato es una desidentificación y a lo mejor un desafío. Tenemos entonces el problema enorme de cómo hacer para transmitir la experiencia feminista a jóvenes que están dispuestas a oír de todo menos de la opresión femenina.

En parte esto se debe a que muchas jóvenes que viven parcialmente libres ubican la opresión en otras mujeres. Cuando se habla de opresión, son otras las oprimidas. Cuando se habla de dificultad, es para las otras, ¿Y en quiénes ponen la opresión? en las viejas, en las adultas y si reconocen la opresión en su generación, la reconocen en las otras, no en sí

mismas. Están viviendo, tal vez, situaciones juveniles en que tienen cierta movilidad espacial, territorial o física. Tienen relaciones propias, espacio, variadas personas entre las cuales distribuyen su dependencia afectiva. Muchas jóvenes tienen actividades propias que las valorizan y un sinfín de hechos de poder, que no son suficientes, pero que permiten no identificarse con las que tienen menos elementos de poder.

Entonces es muy difícil hablar de estas cosas sin atemorizar y sin ocasionar rechazo. Pero me parece que también hay otras experiencias vividas paralelamente que han sido muy positivas y en las que ha habido la posibilidad de transmitir todo esto -y con todo el temor y el dolor que pueda salir de esto-, también se han transmitido opciones positivas alternativas.

Es importante transmitir la experiencia y hacerse cargo del miedo. En otros procesos, en procesos patriarcales de transmisión de conocimientos y saberes de unas mujeres a otras, lo que se nos ha transmitido -la mayor parte del tiempo- es lo que Franca Basaglia llama "la claudicación". Lo que nos han enseñado muchas mujeres de otras generaciones es a claudicar, a no seguir adelante.

La experiencia feminista convoca a seguir adelante. Incluye la transmisión directa, personal y masiva de las múltiples formas en las que mujeres particulares han enfrentado su problemática: formas no idealizadas, formas reales de experiencia que han permitido enfrentar en lo concreto los hechos de la vida de cada una.

Lo que no podemos seguir haciendo unas mujeres con las otras, es lo que planteó esa autora norteamericana que se llama Nancy Friday, que es relacionarnos a través de la mentira. En su libro "Mi madre, yo misma", ella plantea que el contenido más importante de la relación entre madres e hijas -el contenido enajenado- está en la mentira. La mentira de las unas a las otras, de los dos lados de la relación.

Esta autora plantea que el contenido más importante que ella encontró en las relaciones entre mujeres -madres e hijas o en la relación generacional, aunque no haya parentesco- es transmitir la potencia para vivir. Y la potencia transmitida de manera ejemplar. Unas mujeres pueden enseñar a las otras; puede haber una pedagogía cuando enseñan cómo construyen sus propios poderes con diversas alternativas.

Ella y otras autoras han planteado que ese mecanismo puede lograr identificaciones muy positivas entre las mujeres, que pueden romper las barreras de edad que desidentifican porque entonces es posible observar la semejanza y la diferencia.

Otro aspecto importante de esta relación y de esta experiencia que se puede pasar de unas a otras es tratar de evitar la complacencia. La complacencia entre mujeres ha sido muchas veces enmascarada en la protección. Ha legitimado la falta de crecimiento de unas, la falta de maduración de las otras, pero también la autocomplacencia. Cada una complacida con lo que es, e instalada en lo que es.

Otro hecho que también es parte de la experiencia vivida en este compartir la tradición feminista, ha sido vivir la solidaridad de unas hacia las otras -no necesariamente siempre en la misma dirección. Esto ha sido posible cuando las mujeres han podido encontrarse en actividades en que unas y otras se apoyan. Para poder hacer esto se requiere lograr entre las mujeres la generosidad genérica; generosidad que se confronta con la avaricia entre mujeres donde no nos damos los bienes que tenemos.

La exigencia de perfección

En esta transmisión de experiencias también es importante combatir o evitar la exigencia de perfección de unas a las otras. Las jóvenes muchas veces no encuentran en las mujeres que las convocan respuesta a sus necesidades y a su idealización. Resulta que las que convocan no han logrado todo lo que las jóvenes suponen deberían lograr. Y se exige perfección para dar validez a los argumentos y a la inversa sucede lo mismo. Las mujeres mayores exigen perfección de las mujeres más jóvenes.

Colette Dubbing, otra autora feminista, identifica esta exigencia de perfección de unas mujeres a las otras como un fenómeno moderno. Hoy, muchas de nosotras exigimos a nuestras amigas, a nuestras hijas, a nuestras madres, a las que están alrededor, la perfección porque ya tenemos más recursos, porque no se acepta que no resolvamos la vida adecuadamente.

Y aquí me quiero referir a un fenómeno importante que nos atañe a muchas de nosotras, y es la experiencia generacional de madres e hijas involucradas en el feminismo. Nosotras no estamos exentas de todo esto. Colette Dubbing identifica el problema porque lo vive en su relación con su hija y de ahí se lanza a hacer una investigación sobre mujeres feministas

y también sobre mujeres políticas que no son feministas, sobre destacadas académicas, o sea, mujeres que no son tradicionales, que han sido exitosas, que tienen una vida autónoma, que generan recursos, que son reconocidas. Mujeres empoderadas.

El resultado es que todas estas mujeres empoderadas han querido tener hijas perfectas; la mayor parte de ellas han deseado que sus hijas no sean patriarcales. Es un deseo que no es malo, pero se pasa del deseo a la exigencia de la perfección. Muchas de estas madres son las que enseñaban a leer casi en el útero. Es la tradición de las hijas que anticipan todo, que caminaron primero, que escribieron primero, que fueron primero a la escuela.

Es un pasar la estafeta de la perfección a las hijas. Otras autoras lo explican como una necesidad de sobreprotección de esas madres a las hijas. Una necesidad de reconocer que es posible que les pase todo eso y no querer que les pase. Querer que tengan muchos recursos y que puedan enfrentar la vida de otra manera.

Pero a veces convertimos este amor maternal feminista en exigencia de perfección. Estas hijas tienen que ser inteligentes. Más que todas. Tienen que ser capaces, las primeras en todo, pero además actuar correctamente en la relación con la madre. Si la madre pondera el conflicto, ser conflictivas. Si la madre pondera el no conflicto, no ser conflictivas. O sea, actuarle a la madre su idealización de hija.

Estas autoras dicen que lo que estas madres hacen es -en parte- proyectar en las hijas gran cantidad de carencias propias, pero en parte también, es la satisfacción del narcisismo. Es una incitación -hacia las hijas- a la precocidad y a ser sobresalientes.

En general lo que se observa en estas relaciones de mujeres jóvenes asociadas con mujeres importantes, famosas o poderosas de la otra generación, es lo otro. Es que cargan con el peso de esa figura, cargan con el peso de la madre. Se vuelven las hijas de las madres, pero lo que no se observa es este traslado del mandato, como un mandato de perfección.

Sucede no sólo entre las madres y las hijas sino también en generaciones de feministas. Una generación de feministas le pasa el mandato a la siguiente generación de feministas.

Desde luego las segundas casi nunca están a la altura. No emprenden las heroicas luchas que emprendieron las otras. No logran las extraordinarias movilizaciones que lograban las otras. Se establece una consagración de las pioneras frente a las segundas o terceras o cuartas generaciones, sobre todo entre las que están relacionadas en el tiempo y en el espacio.

Otras se rebelan y rechazan entonces el feminismo o rechazan en la vida personal, cualquier hecho que les exija sobresalir o incorporarse a cosas muy evidentes. Una forma de rebelión es la mediocridad. Es una forma de defensa, de resistencia porque la mediocridad está prohibida para estas mujeres.

Este fenómeno no es exclusivo de las mujeres ni del feminismo. Es un fenómeno de quienes viven hechos extraordinarios. Por ejemplo, las generaciones de quienes hacen la revoluciones, nunca tendrán iguales en las generaciones siguientes porque nunca habrá quienes hagan los hechos tan heroicos, tan extraordinarios. Nunca serán tan valiosos.

Si la generación anterior es de intelectuales, entonces a lo mejor optan por no ser intelectuales. Por lo pronto renuncian al espacio intelectual que puede ser un legado. Pero también sucede al revés, si la generación anterior -madres, amigas o compañeras o militantes o lo que sean- son hermosas, entonces por rebelión, hay que ser feas. Si se dedican a la producción política, entonces hay que ser apolíticas y no involucrarse en la política.

Muchas, para escapar de los mandatos y construir caminos de identidad propia, toman opciones por los caminos de los hombres pares con los que conviven. Se convierten entonces en aliadas de los hombres para combatir las experiencias e ideas feministas pero también, en parte, por defensa.

Creación de grupos intra-genéricos e inter-generacionales

Cuando se enfrenta esta tendencia de segregar unas a las otras, de reproducir barreras de edad y de intercomunicación, entonces es posible crear grupos no solamente intra-genéricos sino inter-generacionales.

Es preciso -por la experiencia que hemos tenido- que las jóvenes tengan espacios propios, pero es preciso que los construyan. Es preciso

también que otras mujeres tengan otros espacios propios que sean sólo de ellas; pero también es necesario que haya espacios de encuentro de mujeres jóvenes y mujeres que no son jóvenes. La asociación pactada de mujeres diversas para enfrentar los mismos problemas es muy importante.

Las jóvenes pueden aprender de las mujeres mayores, pero las mujeres mayores tienen todo que aprender de las mujeres jóvenes. Juntar a unas con las otras puede ser muy subversivo, pero además dar la palabra a las mujeres jóvenes para recibir sus enseñanzas, es todavía más subversivo. Y sus enseñanzas pueden significar experiencias vividas y elaboraciones críticas sobre el mundo, sobre sí mismas y sobre nosotras también. Pero es necesario lograr que todas nos identifiquemos como mujeres con todas las diferencias que tenemos.

Un último argumento para reforzar esta idea es que todas las edades son transitorias. Convertir en elemento de identidad perdurable algo que es transitorio -sobre todo si se vuelve un elemento de identidad prioritario- hace que cada quien se encierre en la edad para no estar en el género.

También creo importante que las mujeres jóvenes -y de todas las edades- compartan con hombres esas experiencias. Además de tener los propios espacios de mujeres, que compartan sus experiencias con hombres. Esto permite desmitificar a los hombres mismos y entrar también, en un proceso de identificación con los que son diferentes y con los que pueden ser semejantes en algunas cosas.

La amistad es uno de los recursos más importantes para vivir y en nuestra sociedad no está valorada lo suficiente frente a otro tipo de relaciones. En el caso de las mujeres -las jóvenes y las de otras edades- tienen amigas y las que no tienen, se sienten muy solitarias, o sea, viven la carencia de la amistad. Pero quienes tienen amigas a veces no consideran que la amistad sea parte de esta experiencia feminista, sino que consideran que puede ser ajena o que es distante o que no está allí. Sucede que todavía tenemos la idea de la militancia, es decir, la idea de que se hace política militando: que se pertenece a organizaciones, que se cumplen objetivos, que se tiene una disciplina militante y una identidad militante. Se valoriza muchísimo más la construcción militante que la construcción de personas que puedan establecer relaciones

amistosas. Entonces poco se desarrolla la amistad aún entre quienes están juntas por la misma causa.

Entre las jóvenes se interpone la competencia de manera muy importante. Las jóvenes compiten muchísimo entre sí. No sólo con mujeres de otro grupo de edad sino también entre ellas mismas. Entonces para poder asociarse o para poder confluir, tienen que vencer todos los grados de intolerancia, de desconfianza hacia las otras. Y en este sentido creo que también puede ser importante para las jóvenes proponerse construir amistades entre mujeres y proponerse construir amistades con los hombres. Con mujeres viejas o jóvenes; con hombres jóvenes y viejos, no importa. Lo importante es lograr encontrar cuáles son las afinidades, lograr construir las afinidades.

Este y otros son los contenidos de esta -que he denominado acá- pedagogía libertaria. Es una pedagogía que puede ayudarnos a mirar que es posible estar bien en cualquier edad y además que es necesario no aferrarse al pasado ni anticiparse al futuro. El mejor tiempo de la vida es el presente y si no es el mejor, hay que hacer que sea el mejor. Es decir, hay que salir de las utopias.

Esta pedagogía nos puede ayudar a ligar el pasado, el presente y el futuro de otra manera. Por ejemplo, poder definir la identidad personal por hechos más permanentes que la edad, o dicho de otra manera, aprender a ser personas en devenir, en tránsito. Si hacemos esto, en cualquier edad que tengamos, podremos tener concepciones sobre el mundo en devenir también. Podremos construir filosofías de cambio y no de conservadurismo y combatir la idealización de la vida. Si hacemos todo esto es posible construir unos de los recursos más importante para la libertad, que es la libertad de ser en devenir.

Un plan para vivir

Se tiene más si una misma se hace cargo de lo que dice y lo que hace. Y en ese sentido, puedo sugerir -o nos puedo sugerir, sin pretender realizar ningún mandato- que jóvenes o viejas o en "edad de la felicidad", tal como estamos o como queremos o seamos, podemos darnos cuenta de que es posible hacer un plan para vivir.

Es posible hacer política feminista en actos -aquí y ahora, con la propia vida- para poder vencer las dificultades patriarcales de las

mujeres en esta dimensión concreta. Es posible poder construirnos como mujeres dueñas de nuestra propia vida y que nuestra propia vida tenga como sentido que la vivamos nosotras. Que el mayor compromiso posible es en primer término el de cada una consigo misma, para poder tener compromisos con otras y otros; para hacernos cargo de que todo lo que acontece y lo que sucede a otras y a otros, nos interesa, nos implica y nos involucra.

Nuestro universo puede ampliarse cada vez más. Y -aunque perdamos neuronas a cada instante- los recursos más extraordinarios para vivir son: uno, la disposición a aprender y el otro, la disposición a hacer. Con esos recursos construyamos la osadía.

El plan para vivir -cualquier plan para vivir- significa que quien planifica se hace cargo de su tiempo de vida. Y un plan para vivir para todas nosotras, creo que debe centrarse -y sintetizo cosas que he dicho- en primer lugar, en lograr la autonomía en torno a nuestro cuerpo y en torno a nuestra subjetividad.

En segundo lugar, el plan para vivir significa asumir responsabilidades claras en torno a nuestra sexualidad -y esto pasa por adquirir conocimientos. Ser capaces de intervenir con voluntad en nuestra sexualidad. Ser capaces de construir deseos propios, es decir, transformarnos en sujetos del deseo. Pero poder enunciar mi deseo pasa también por la independencia económica. En la sociedad contemporánea las mujeres debemos pensar que es importante aprender a generar dinero con corresponsabilidad.

Otro elemento de un plan para vivir es tomar decisiones sobre nuestra propia vida -aún-a riesgo de equivocarnos o de acertar. Decidir, a veces significa equivocarse y a veces significa acertar, pero lo importante es tomar decisiones sobre nuestra propia vida. Ser sujeto, significa vivir la propia vida. Mi vida es para mí misma y -ya en el camino- para vivir con los otros y con las otras.

Otro aspecto importante en un plan de vida es poder hacer. Asimismo es proponernos. Es eso que llamé la ampliación del universo. Diversificar nuestras actividades e intensificar nuestras actividades creadoras. Pero también es tener la capacidad de reconocer y valorar las actividades creadoras que ya tenemos. Diversificar las personas con las que nos relacionamos y diversificar nuestros espacios de vida.

Otro aspecto importante es desarrollar la libertad de pensamiento. Esta libertad puede desarrollarse si reconocemos los prejuicios que tenemos, si nos disponemos a pensar de manera dialéctica, diversa, contradictoria. También es libertad de sentir y de tener sentimientos cada vez más complejos -porque también la afectividad puede desarrollarse, complejizarse.

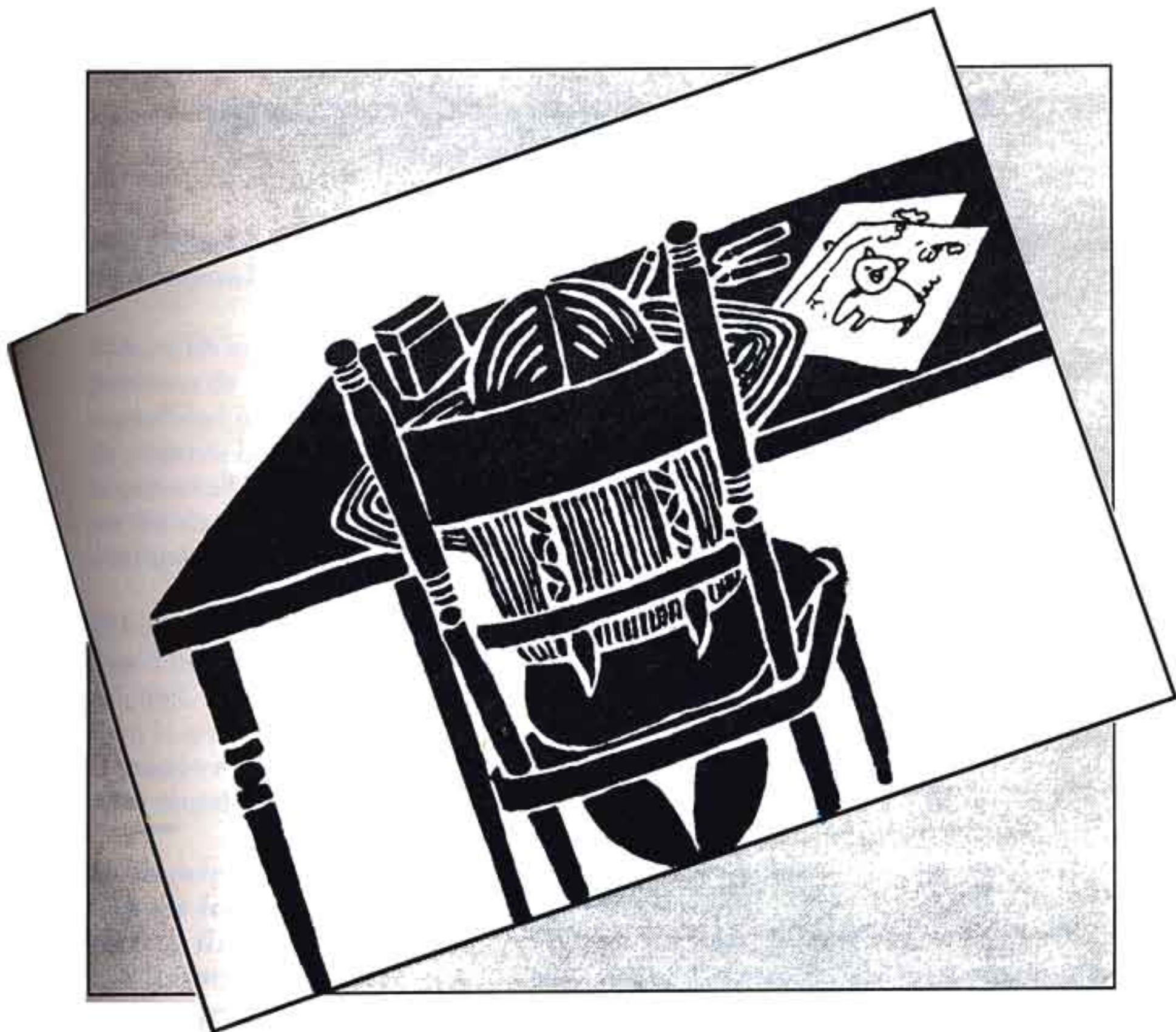
Todas estas cosas y muchas más nos permitirían poder convertirnos en mujeres con capacidad y poder para vivir. Nos permitiría tener poderes diversos para vivir. Si logramos eso, logramos construir la libertad.

En relación con la libertad hay un problema. Muchas mujeres pensamos que no podemos ser libres si vivimos en un mundo en el que no predomina la libertad. Establecemos una relación directa entre la persona y el mundo en el que se vive. Entonces, en nuestros países podemos concluir que no es posible ser libres porque no hay libertad, o porque no hay libertad para los grupos a los que pertenecemos. Pero tal vez podríamos pensar que es posible la libertad aún cuando haya dominación, aún cuando haya explotación, pero reconociendo que es mucho mejor si no hay ni opresión, ni explotación.

¿Es posible que haya mujeres libres en sociedades patriarcales? Yo no lo creo. Prefiero pensar que la libertad es un proceso. Construir la libertad es un proceso y la libertad es siempre relativa. Y si esto puede ser visto así, entonces la libertad y el ser libre son sólo hechos tendenciales. Se puede ser libre por la dirección que tiene la propia vida. Si la vida se dirige a desmontar la opresión, la libertad está en el sentido de la vida que es la libertad.

Hay circunstancias que constituyen recursos importantes para la libertad. La juventud puede ser también un recurso para la libertad. Pero también cualquier edad, antes de la muerte, porque entonces existe la posibilidad de estar vivas y de dar una intencionalidad al vivir •

ANEXOS



PREGUNTAS Y RESPUESTAS DURANTE LA PRIMERA SESIÓN

¿Qué pasa con las jóvenes cuya primera experiencia fue homosexual?

Poco se ha estudiado la sexualidad de las mujeres en América Latina pero una de las cosas que se ha descubierto -hay varios estudios sobre la sexualidad de jóvenes o de niñas en México- es que un importante número de mujeres han tenido experiencias con otras mujeres en la infancia o en la pubertad. Sin embargo, estas experiencias sexuales sólo han podido ser traídas a la conciencia a través de procesos de investigación o terapéuticos.

El hecho es que se reprime la experiencia o se guarda como un secreto -dependiendo de la educación de las muchachas- como un secreto muy culpabilizado o como un secreto fascinante lleno de aventuras. Pero lo que sucede a cada joven varía mucho según el tipo de educación, el mundo en que se vive, qué valores y qué rango de libertad sexual existe en el mundo de esa joven y de su propia subjetividad.

Mi inquietud es sobre las opciones. Existe la teoría de que se nos impone la heterosexualidad y nosotras la evadimos como opción, pero al fin y al cabo es una práctica sexual. Entonces, me quedé con la inquietud si en el caso de estas personas que han vivido esta primera experiencia sexual con mujeres -niñas o jóvenes- hasta qué punto había sido esto una opción.

Lo que me parece muy importante destacar es que ambas opciones, no son opciones sino que son construcciones. La heterosexualidad también

es construida. Ninguna de nosotras nace heterosexual ni homosexual. Más bien todas tenemos una sexualidad abierta con posibilidad para desarrollar múltiples potencialidades -muchas de ellas ignotas e inéditas para nosotras-, formas que ni siquiera sabemos, pero que vamos aprendiendo.

Hay momentos en que se opta, momentos de la vida en que se toman decisiones; pero estas decisiones muchas veces están determinadas. Mientras más recursos se tenga para decidir entre varias alternativas, más capacidad de opción se tiene. Mientras más cerrado es el abanico, pues no hay opción. Hasta las decisiones son en realidad cosas previamente determinadas. Pero creo que va en la dirección que tú lo planteabas. Depende de cómo fue la experiencia; de qué se trató; qué pasó.

En este tipo de investigación testimonial de la sexualidad, también hay testimonios de mujeres lesbianas adultas que evocan experiencias infantiles o de pubertad que fueron gratas. Pero no siempre ocurre eso. Todo esto es una gama enorme de posibilidades. Lo que es importante, es dar cuenta que lo sexual se construye pero que además, quien no cumple con la norma es sancionado. Entonces, como estas experiencias son reprobadas, como nosotras mismas reprobamos a otras mujeres que no cumplen con cualquier norma -no sólo las normas sexuales- e incluso que nosotras mismas nos reprobamos si no las cumplimos, pues tenemos un conflicto, y eso es lo que hay que desenredar. Hay que dar elementos para comprender la culpa y cómo se construye.

¿Qué hacer con los hombres satánicos, malditos? He oído mucho ese discurso y ése es el sentimiento que me ha dejado la charla. Me impresionó que no tenga derecho a amar a un hombre.

Creo que efectivamente hay un discurso que se dice y hay otro discurso que se oye. Nunca traté de satanizar a los hombres. Hablé de cómo la sociedad construye estas opciones, y en todo caso, traté de traer a esta sesión, de manera muy presente -y lo hice adrede- las fantasías sobre los hombres para que ustedes las vieran, para que nos demos cuenta de ellas. Pero además, traté de traer aquí esas fantasías para otra cosa que puede ser muy positiva, y es para salir de las fantasías y para empezar a aproximarnos a los hombres reales. La única manera de conocer a los hombres, o una de las maneras interesantes de conocer a los hombres,

e incluso de establecer mejores relaciones con ellos, es saliéndonos del mundo de los fantasmas.

Después de haber convivido con un fantasma veinte años o tres días, o de haber tenido un noviazgo de dos años, si empezamos a dejar de proyectar nuestra fantasía en esa persona, podemos darnos cuenta de quién es, qué le pasa, qué quiere de esta vida; entonces es posible conocerla y establecer mejores relaciones.

Iguales cosas podría decir a los jóvenes. Pero éste es un curso para mujeres jóvenes al que traje la fantasía de las jóvenes sobre los hombres. Pero si estuviera haciendo un curso para hombres jóvenes, podría haberles contado cómo los hombres también se relacionan con una fantasía y les diría lo importante que es para nosotras no ser esa fantasía de satisfactoras de esto, cuidadoras del otro, siempre acogedoras, -una gran cantidad de exigencias fantásticas que nos ponen y a través de las cuales se relacionan con nosotras las mujeres.

Entonces, de ninguna manera. No uso la palabra satánico porque no está en mi lenguaje; tampoco maldito. No es parte de mi lenguaje. Prohibido, me parece interesante, porque todo esto es de la cosecha de lo prohibido. ¡De hecho, los que están prohibidos de verdad son los hombres concretos! Para las mujeres, la prohibición patriarcal es que nos relacionemos con los hombres concretos. Verlos, tocarlos, aspirar a hacer cosas con ellos, asociarnos con ellos, mirarlos, que nos miren; todo eso es prohibido. Pero no existe la prohibición de que nos relacionemos con los fantasmas, con los idealizados. A los hombres les depositamos una cantidad enorme de exigencias. Los hombres nos tienen que satisfacer, que hacer; o sea, tienen -viéndolo desde el otro lado- que realizar nuestra propia fantasía.

Mi llamado es que -aunque nos cueste trabajo y nos dé susto-, cada quien trate de ver cuáles son sus fantasías en torno a los hombres. ¿Qué le está exigiendo a ése que todavía no ha aparecido en el universo? ¿O a ése que ya anda por ahí desde hace un rato? ¿O al que va y viene? ¿De qué se trata? ¿Qué se le exige a los hermanos, a los padres, a los compañeros de trabajo, a los maestros, a los jefes, al señor que está allí afuera?

Hace un rato me detuve ahí afuera para observar y lo que había era una fantasía: pasar y que el señor que está allí afuera, nos volviera a ver. ¡Claro! los hombres son videntes; o sea, los que miran a las mujeres. Entonces, nosotras pasamos por allí afuera, convocándolo para que nos mire. Le estoy exigiendo que se comporte como lo tengo elaborado en mi fantasía, pero a lo mejor es un señor que está allí sentado, cansado de estar cuidando la puerta y no tiene ganas de voltear a ver a nadie. A lo mejor quiere que alguien le diga ¿cómo le va?

Ese es mi llamado: a que no fantasiemos a los hombres y que no nos minimicemos a nosotras mismas, porque la que fantasea en la adoración a los hombres, también se pone en el rol de súbdita, o de fiel adoradora del otro.

¿Acaso la mujer llega a ser efectivamente independiente o siempre va a ser dependiente?

Dentro del modelo dominante se trata de que las mujeres seamos dependientes. No es una cuestión subjetiva. Es una cuestión de las estructuras sociales, de las relaciones de género, de la organización del mundo. El mundo está organizado para que las mujeres seamos dependientes. ¿Cómo? Inferiorizando a las mujeres automáticamente; desvalorizando los hechos de las mujeres, el trabajo de las mujeres; monopolizando recursos para vivir en el otro género; y haciendo un montón de cosas: la distribución de la riqueza, las opciones de futuro, todas esas cosas.

Entonces, la dependencia no es una cuestión subjetiva. Además el sistema tiene que lograr que cada mujer asuma la dependencia como parte de su identidad. La dependencia es económica, es social, es política, es jurídica, es afectiva, es erótica; y además, la dependencia subjetiva se construye a lo largo de la vida de las mujeres ¡claro que sí! En el modelo dominante, ser mujer es ser dependiente.

Pero también mencioné que, en el caso de las jóvenes y de las mujeres contemporáneas, hay un conjunto de hechos que dan recursos para la autonomía, para la independencia; que en cada mujer coexisten elementos de dependencia y de independencia, de autogestión. Tendríamos que pensar no en algo futuro, sino preguntarnos ¿cuál es la salida? No es el futuro. Es ahorita. Ahorita ya hay elementos de independencia en las mujeres, muchísimos. Pero constituye un enorme

esfuerzo. Implica un enorme esfuerzo social construir el mundo social para que las mujeres no seamos dependientes. Implica transformaciones profundas de la estructura social, de la economía, de las dimensiones jurídicas del mundo.

Todo esto es un gran problema y uno se angustia porque no sabe salir de él. A veces no sólo se trata de que haya conciencia. ¿Cuál es la salida? ¿Una sumatoria de esfuerzos?

El auto-conocimiento no es suficiente; estoy totalmente de acuerdo. Claro que no depende del auto-conocimiento transformar todo este estado social de las cosas o el estado de cosas de la propia vida. No es suficiente la auto-conciencia. Decías que se suman otros factores; claro que sí. Son las condiciones objetivas de existencia las que determinan el modo de vida de las personas. No es que tenga que hacer actos de fe, pero sí ponerme en el otro territorio; se requiere conciencia como un recurso para poder dar impronta a la propia vida.

Parte de todo esto es desarrollar, a través del arte, de la literatura, de la danza, de descubrir el cuerpo, a través de todo: conciencia corporal, conciencia del mundo, conciencia de todo. Es más, estoy convencida de que es importante hacer conciente lo inconciente posible -porque no todo lo inconciente es posible de ser hecho conciente.

Sin embargo, creo que hay muchos recursos de la conciencia que no debemos despreciar. Muchas de nosotras no nos damos cuenta de todas estas cosas, o nos vamos dando cuenta a pedacitos, porque un día una niña nos pregunta y entonces le pone voz a nuestras dudas: Ay caramba, y ¿cómo es que se determina el sexo? ¿por qué es que somos dependientes? y ¿cómo es que ocurre aquello? Son preguntas que nos hacemos y que podemos responder de varias maneras con lo que ya sabíamos, conformándonos o bien buscando interpretaciones que a lo mejor nos conducen -personal y colectivamente- a disponer energías vitales para lograr cosas concretas. En ese sentido, la conciencia individual y colectiva, tienen un lugar importante.

¿Cómo se explica la dependencia en el caso de la mujer que lleva la batuta de la casa?

Vivimos en un mundo de interdependencia. Todos los hombres dependen de todas las mujeres; ese es un principio rector del patriarcado.

Efectivamente, la organización de la sociedad por género hace que las relaciones de las mujeres con los hombres, además de ser dependientes, sean llamadas dependientes. Este mecanismo también hace que las relaciones de los hombres con las mujeres sean llamadas autónomas, aunque no sean, aunque haya dependencia. Es distinto depender teniendo los poderes en la mano, que depender estando sometidas al poder del otro. Todo depende de cómo dependan y depende qué hombres y de qué mujeres.

Un fenómeno reciente, que también se da en América Latina, es la dependencia económica de muchos hombres en relación con las mujeres; y se da porque está cambiando la organización económica de género. Aunque el trabajo sea una cualidad de género masculina, resulta que las mujeres trabajamos y que además, cada vez trabajamos más productivamente. Somos generadoras de dinero y nos hacemos cargo - por toda esta estructuración de la que hemos hablado- además, de los hombres.

Hay un fenómeno que es la proliferación de relaciones de mujeres capaces y autónomas; mujeres generadoras de bienes, de poder, de dinero, relacionadas con hombres que no generan ni bienes, ni recursos, que no trabajan, que son casi pagados para estar con las mujeres. Con tal de mantener cercanos a los hombres, las mujeres disponemos nuestros bienes con ellos. Pero, además en lo macroeconómico eso tiene que ver con la alternativa a la crisis. Son alternativas a la crisis. Los que están siendo más desempleados son los hombres y entonces se acogen a todos los beneficios de este sistema para sobrevivir. Y uno de ellos es que las mujeres se hagan cargo de ellos: las madres, las novias, las amantes, las esposas, etc.

Uno de los mecanismos que permiten que los hombres se vinculen a las mujeres es la dependencia. Los hombres son dependientes de su madres, afectivamente; y después lo serán de todas las mujeres porque en el sistema patriarcal todas las mujeres son madres de los hombres. O sea, cualquiera sea la posición o la relación que se tenga con los hombres, en la subjetividad masculina, una mujer sustituye a la otra mujer. Toda mujer sustituye a la anterior; todas van siendo sustitutas maternas. En parte, el amor femenino es siempre amor maternal.

En la ideología patriarcal, la relación ideal es que las personas sean como moluscos, sin identidad propia, uno sobre el otro. Aunque no

siempre ocurren las cosas de esa manera lo ideal es que las parejas estén simbióticamente unidas. Que la identidad propia quede sumida en la de la pareja. Y si hay parejas así es porque es parte de este sistema de conyugalidad. La pareja perfecta es la que no tiene identidad.

Hay otro aspecto que tiene que ver con las explicaciones que se le dan a los fenómenos y es el de la fuerza de las mujeres. En las explicaciones y en las justificaciones de las cosas se crean explicaciones culturales, que aunque no ocurran las cosas de esa manera, se nos hace creer que ocurren de esa manera. Por ejemplo, a las mujeres se nos considera débiles aunque tengamos fuerza. O sea, ahí están los fantasmas. Independientemente de la fuerza que tengamos, somos consideradas débiles. Independientemente que exista dependencia de un lado o del otro, ésa se niega en el caso de los hombres para crear la credibilidad de que los hombres de verdad son los fuertes y las mujeres las débiles; las mujeres son las dependientes y los hombres los autónomos. Para crear todo ese mundo esquemático, en que a unas y a otros se nos asignan identidades que muchas veces no tienen nada que ver con lo que somos.

¿Cómo se da la relación de amistad, de amor, de una carenciada con otra carenciada?

Las mujeres damos precisamente por carencia. Así es de contradictorio. Damos para que nos den; damos por el sentimiento profundo de que no tenemos. Somos carenciadas en algunas cosas, pero la condición de la mujer -si no lo dije antes lo digo ahora- implica que también seamos dadas, o sea, las mujeres también somos portadoras de muchos bienes.

Mencioné que la distribución de estos bienes es así: ser carenciadas para nosotras mismas y ser dadoras para los demás. Entonces, efectivamente, los demás se benefician de muchas cosas que nosotras les damos y nosotras vamos en busca de satisfacer nuestras carencias. Cuando se encuentran dos carenciadas, pues también intercambian, porque una tiene cosas que la otra no tiene y tiene recursos que dar a la otra.

Pero también habría que recordar el hecho de que las mujeres aprendemos a vivir la vida de esa manera, como seres carenciados. Esa esa la subjetividad que desarrollamos, pero que no necesariamente se corresponde con la realidad. Esa es la fantasía y así se relacionan

con nosotras y así nos relacionamos también nosotras porque eso es lo que hemos aprendido que somos.

Cómo explicar si no, mujeres poderosas, con un montón de recursos, con capacidades, relacionándose como si no tuvieran nada. La explicación es la autoidentidad de carenciadas aunque estén plenas de recursos.

Eso nos pasa a casi todas. Tenemos que ir haciendo conciencia, haciendo un inventario de recursos. Es un proceso de ir dándonos cuenta de qué recursos tenemos para ir eliminando la autoidentidad de carenciadas. Pero a lo mejor cada quien no los puede identificar fácilmente en sí misma, entonces puede identificarlos en las amigas. Hemos oído decir, ¿cómo es posible que te comportes así? -Esa es una crítica común entre nosotras- No es posible que un hombre así, o que un jefe así te pisotee, o que un maestro te destruya, porque tú tienes estas actitudes, estas cualidades. Las otras son capaces de verlo.

Y eso en las relaciones, en los grupos de mujeres -donde estas cosas se reconocen- es fascinante. Lo que no vemos en nosotras, a veces nos aparece con una enorme claridad en la de enfrente, a la que vemos plena de atributos.

Lo carenciado es la identidad asignada. Es la fantasía internalizada, pero no quiere decir que no tengamos un montón de cualidades y recursos. O sea, que también tiene que ver con las relaciones de poder. El poderoso no se asume dependiente, aunque dependa de quienes están subordinados. Este mecanismo político también funciona como mecanismo de negación de la dependencia.

Ahora, en relación con las salidas a la crisis. Decimos que entramos en crisis, pero más bien entramos en "prisis", como que nos da la prisa. Nos da la prisa porque empezamos a nombrar cosas, empezamos a decir cosas, y ya queremos que se calle, que nos diga rápido cómo hacer. Es una necesidad, porque a veces nos da mucha rabia y angustia por el pasado y nos da ansiedad por el futuro.

Paciencia. Estoy tratando de plantear cosas que para muchas son conocidas y para otras son cosas nuevas; y a veces abordo cosas a profundidad, a veces sólo las medio menciono, pero son para tratar de evocar este fenómeno, de traerlo a la conciencia y de reflexionar sobre él.

Las alternativas no pueden ser planteadas si no ponemos las cosas sobre la mesa, si no nos damos cuenta. Estoy planteando cosas muy generales, que probablemente a algunas las tocan de lado y a otras centralmente, y a otras pues no las toca porque están en otro lado. Pero es necesario plantearlo así en términos muy generales, precisamente para ir viendo cuáles pueden ser las alternativas posibles; si acaso hay alternativas -yo no lo sé-.

COMENTARIOS A LA SEGUNDA SESIÓN

- Me interesaría profundizar sobre la existencia de mujeres libres en sociedades patriarcales.

M: Creo que eso es algo que tendríamos que discutir y pensarlo mucho. ¿Qué es la libertad? ¿Cómo se hace?. Yo no doy una respuesta, sólo pienso -para mí- que es posible.

- La próxima revolución la vamos a realizar nosotras las mujeres; creo que se puede pensar sinceramente en eso.

- Francamente los dos días me enriquecieron muchísimo. Me sentía retratada en el análisis. No podemos andar con fantasías sino con seres humanos verdaderos.

M: El movimiento feminista no nos propone a las mujeres -jóvenes o de cualquier edad- por norma ser subversivas, sino que nos invita a crear espacios de libertad, y bien vale la pena contruirlos.

- Desde que Marcela comenzó a hablar, hasta lo último que dijo, me identifiqué a mí misma. Le agradezco mucho todo lo que nos ha dicho hoy.

- Siento que me pasé riendo sola con todas las cosas que Marcela iba diciendo porque al ir ella hablando, te acordás de lo que estás viviendo. Me gustó mucho la experiencia y me gustaría que este tipo de actividades fueran más seguidas. Es como haber leído un libro bien escrito. También me uno para agradecerle; muchas gracias.

-
- Yo también agradezco a Marcela y me hubiera gustado que estuvieran aquí todas las mujeres. Ayer nos estuvimos poniendo el espejo y nos identificamos porque fue como haber dado en el quid. A fin de cuentas la relación con los seres humanos es lo que vale. A mí me decían “feminismo” y me daba miedo porque nos cuesta entenderlo.
 - La conferencia de ayer me impactó porque la gran mayoría de lo que usted dijo fue revelador. Creo que aún estoy a tiempo de sobrevivir y no seguir siendo víctima del sistema. Gracias.
 - Me llamó la atención la parte que tiene que ver con someterse u optar que tienen la mayor parte de las mujeres. Me impresionó la dificultad de transmitir el cambio.
 - Las que no somos tan jóvenes podemos vernos también como en un espejo y construir la relación con las hijas. También vernos en el problema de las madres. Es una síntesis de nosotras mismas, de lo que se nos niega, y eso es difícil, doblemente difícil, y duro también. Pero también estoy totalmente convencida que para sobrevivir, y aunque sea pesado y parezca masoquista, hay que buscar la salida y entrar en crisis aunque sea doloroso. Personalmente y a nombre de Puntos de Encuentro quiero dar las gracias.

M: Agradezco muchísimo la gratitud, pero quiero decir que me impacta mucho como todas hablan del espejo de ayer. Pero lo que dije hoy también es espejo. No lo invento. La libertad no la he inventado yo, la construimos todas cada día. Las mismas, las de la película de ayer. No he inventado eso, lo he aprendido en la vida de todas nosotras. Quisiera que hiciéramos el esfuerzo de comprender que todo esto nos pertenece y es parte de nuestra experiencia personal y colectiva. Que cada día que logramos algo estamos siendo libres. Cada día que vencemos un miedo, cada vez que nos atrevemos a algo, que todo eso que yo dije, existe en cada una.

Es mucho más impactante ver la parte dolorosa y negada, pero trato de hacer eso para que veamos la otra parte, y para que dejemos de ser dos partes escindidas, para que integremos en una sola visión de nosotras mismas todo lo que somos. De verdad somos todo eso juntito. Eso quería decirles, el espejo es también de libertad.

La otra cosa que quería decirles es sobre las madres y las hijas. Soy madre, soy madrastra y soy hija, y quiero decir que las madres somos

brujísimas, pero todas las que estamos aquí hemos tenido madres magníficas y eso hay que reconocerlo también. Algo nos dieron. Algo nos enseñaron. Algo maravilloso nos transmitieron. Por eso podemos vivir y cada una tendrá que buscarlo dentro de sí misma por su experiencia. Eso es parte también de poder amar, o sea, no solamente ver a la bruja -pero cuando no la hemos visto, hay que verla y luego la salvamos. Pero si anda en hada madrina, hay que volverla media bruja. Pero sí reconocer que no solamente existe esa parte de la relación.

Las madres han jugado un papel importantísimo en nosotras y están en nosotras. Son parte de nuestras vidas. Son parte de nuestra identidad y es lindo poder incorporarlas como han sido. Asumirlas como son. Aceptarlas como son y también aceptar que ellas son ellas y nosotras somos nosotras, pero también hacernos cargo del amor que nos pudieron dar, del que no pudieron darnos, de todo lo que nos dieron; entonces, debemos aceptarlas como son y hacernos cargo de ellas.

Es un espejo de dos caras que involucra a todas, a todos, pero es posible. El día que crea que no es posible, me voy a quedar muda. Pero creo que es posible •

INDICE

PRESENTACIÓN	3
LA CONDICIÓN JUVENIL DE LAS MUJERES	5
La identidad de las mujeres jóvenes	10
Etapas de la juventud	12
El mundo de las mujeres jóvenes	15
LA SUBJETIVIDAD DE LA JUVENTUD	22
Las obligaciones de la identidad de las mujeres	25
La sexualidad, dimensión fundamental de vida	31
El erotismo y el vínculo con los hombres	34
El amor	40
La maternidad	45
LA CRISIS JUVENIL	51
La participación política de las mujeres	56
La crisis interna	58
La vivencia del tiempo	63
La salida de la juventud	64
LA SUBVERSIÓN Y LA TRANSGRESIÓN	67
Los límites	72
Madurar, la transgresión vital	75
La sexualidad, el cuerpo, la maternidad	78
La construcción de la independencia	81
EL FEMINISMO	83
La pedagogía feminista	87
La exigencia de perfección	90
Creación de grupos intra-genéricos e inter-generacionales	92
Un plan para vivir	94
ANEXOS	
Preguntas y respuestas durante la primera sesión	99
Comentarios finales	107